

GENIIT

— sociología —
ciencia — literatura

9
umario

A. L.: Debate en Londres sobre el comunismo icariano.—
Benito Milla: Notas para una biografía de nuestro tiempo.—
Edward Crankshaw: La mujer nusa.—José Peirats: Un ilustre desconocido: George Santayana.—
George Cores: Desarrollo del movimiento anarquista moderno en Gran Bretaña.—Manuel Andoal: La atención.—George Lamanda: La resistencia del activo norteamericano.—E. René Barbance: Pedagogía mercantil.—Manuel Linares Rivas: Un relato. El «Caballero 1.º».—
Adolfo Hernández: El indio mexicano en su drama y esperanza.—Marcos Volga: Sinfonía infinita.—George Woodcock: Aurores y libros. La regla de la vida.—Jacques Moreau: El hombre ante la ciencia.—Luce Calabri: El anticomunismo, el antiimperialismo y la paz.—
Fristóbal de Castro: Mapa económico de España.—B. M.: Poetas de ayer y de hoy. Noche trágica.—Barca.—Redacción: Nuestra portada.—«La Zafra».



Ayuntamiento de Barcelona

iembre

952

23

Revista Mensual

NUESTRA PORTADA

LA ZAFRA

El cultivo en América de la caña de azúcar se reporta a los tiempos de la colonización española. La conquista árabe de la península ibérica trajo consigo la trasplantación en el Sur y Levante español de una serie de plantas subtropicales del Oriente próximo: café, bananas, algodón y caña azucarera. Los colonizadores que sucedieron a las carabelas de Colón introdujeron estos productos en los territorios vírgenes del archipiélago antillano. Ocurrió inmediatamente la página negra de la trata de ébano. Los indios aborígenes, orgullosos de su independencia, rehusaron siempre a aceptar el dogal infamante de sus esclavizadores. El primer centro de explotación fundado en el Nuevo Mundo por el hombre blanco fué el llamado ingenio azucarero. Fracasó el intento de esclavización del indio en tales ingenios. Físicamente incapaces y por espíritu de rebeldía, los indios replicaban a sus brutales explotadores con la resistencia pasiva. Innumerables de aquellos morían de melancolía.

A principios del siglo XVII, abierta América a la concurrencia de todas las potencias occidentales, una corbeta holandesa introdujo en Virginia el primer cargamento de negros. Sucesivamente fueron llegando a las playas de América, con destino a los ingenios, sucesivos cargamentos de aborígenes del África occidental, objeto allí de raptos y razías. Para cubrir el expediente ante los hipócritas supervisores británicos, los negros eran hacinados en las sentinas de los barcos.

Junto a la campaña indigenista inaugurada por el P. Las Casas hay toda una abundante literatura sobre el inhumano comercio de carne de ébano. La tragedia del hombre de color no ha terminado en el llamado continente libre. Constituye actualmente la base del racismo norteamericano.

La más típica manipulación de la industria del azúcar es la «zafra» o cosecha de la caña de azúcar. Es una tarea ímproba y penosa reservada aún a la gente de color. La tala de los cañaverales tiene como escenario un clima de fuego, el trato soez del capataz o estanciero, la nube permanente de mosquitos y los estertores de la fiebre malaria.

Nuestro grabado representa una fase típica de esta penosa tarea.

LA PENSÉE CHINOISE ET SON RÔLE DANS LA GRANDE SYNTHÈSE HUMAINE

por Paul GILLE

Se trata de un breve estudio de psicología, en donde, de una manera clara y concisa, queda reflejado el fondo moral que ha caracterizado, desde los tiempos más remotos, la filosofía de los pensadores chinos. Es una exposición objetiva que ha de interesar a todo aquel que se complazca en estudiar la evolución del pensamiento ético al través de los tiempos y de los pueblos.

Este opúsculo, incluidos gastos de envío, se sirve a 60 francos. Pedidos a «CENIT», 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA
Y LITERATURA

x

Comisión de Redacción: Peirats, Ferrer, F. Montseny.

Administrador: F. Montseny, 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire, C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.).

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año II

Toulouse, Noviembre 1952

N.º 23

DEBATE EN LONDRES SOBRE EL COMUNISMO ICARIANO

Segundo y último



A entera adhesión a la doctrina icariana debe ser entendida *cum grano salis*, y asimismo la aserción de que «no han pensado nunca en emplear la fuerza física». Sin embargo es evidente que aceptaron en 1843, y también en los años siguientes, la propaganda pacífica de Cabet, bien que rechazaron su comunismo experimental. Dado que Girod ha escrito en su informe que la «Société Démocratique» fué una organización «compuesta

en gran parte por individuos condenados o implicados en el proceso de abril de 1843 y mayo de 1839, parece extraño que esta organización haya tenido relaciones íntimas con Cabet (Cabet no fué nunca miembro de los «Droits de l'Homme» y, evidentemente, tampoco de ninguna de las organizaciones neobabuvistas), aun tomando en consideración la amistad de Berrier con éste. A pesar de las muchas refutaciones recíprocas—la doctrina comunista, tal como Cabet la había expuesto en su «Voyage en Icarie», fué aceptada en líneas generales por los comunistas de todos los matices. Parece, también, que para los adherentes de las diferentes sectas, las doctrinas—por ortodoxas que puedan parecer—, no eran tan opuestas unas a otras. Por otra parte Jules Proudhommeaux («Icarie et son fondateur Cabet», París, 1907, pp. 94-144) lo ha probado, el «Voyage en Icarie» pidió prestados sus rasgos esenciales al comunismo babuvista y buonarrotista, y Cabet, que tenía relaciones personales con Buonarroti había estudiado muy bien su «Histoire de la Conspiration de Babeuf».

Estáramos más al corriente sobre las ideas de la «Société Démocratique» si los protocolos de las sesiones hubieran sido conservados. Pero no fué así. Cuando, en 1907, Max Nettlau descubrió en Londres un cierto número de actas de la «Arbeiterbildungsverein» alemana, de los que publicó algunos resúmenes, vió también algunas de estas actas de la «Société Démocratique» (especialmente las de las reuniones del primero de febrero al 28 de diciembre de 1847). Pero todos estos documentos deben considerarse perdidos. Por azar algunas actas de los años 1843 y 1844 han sido conservadas, pues una copia de ellas fué enviada desde Londres a Cabet.

En la primavera de 1844 Cabet informó a la «Société Démocratique» de su proyecto de fundar una pequeña comunidad en París. Esta comunidad deberían componerla de «cinco a veinte personas voluntarias», capaces de consagrarse a formular y a explicar, en el periódico o en la re-

vista, el sistema comunitario. Cabet pidió su opinión al grupo londinense y en la reunión del 6 de mayo de 1844 su carta fué discutida (Cabet expuso también este plan en «Le Populaire» del 2 de mayo de 1844 y en su artículo: «Petite Communauté de dévoués», aparecido en su «Almanach Icarien... pour 1844», p. 182-187). Schapper señaló que hacía un año, a causa de una proposición para la fundación de una comunidad en América, se había ya discutido este problema y propuso enviar a Cabet el acta de esta discusión. Sin embargo, en la misma sesión se volvió sobre el mismo problema, y a la semana siguiente se discutió la respuesta que había de ser mandada a Cabet.

El 26 de junio Berrier-Fontaine escribió a Cabet:

«Hemos leído a todos nuestros hermanos y amigos la carta que nos ha dirigido usted y en la que anuncia el deseo de fundar una comunidad en los alrededores de París. Que pueda salir airoso, es el más sincero y el más ardiente de nuestros votos; pero no creemos que sus esfuerzos sean coronados por el éxito.

«Hemos discutido en familia esta grave cuestión de las tentativas de comunidad en detalle, y no la hemos resuelto en el mismo sentido que usted; posiblemente que nuestros motivos no emanen de las mismas razones.

«Nosotros habíamos tratado ya la misma cuestión hace un año cuando ciertos ciudadanos ingleses resolvieron ir a América, al borde del lago Michigán, para fundar una comunidad. Ahora creemos que nada mejor que enviarle un extracto del acta de las sesiones en las que hemos tratado esta cuestión. Quede usted seguro, querido ciudadano, que nuestra oposición no es de principio sino de oportunidad del momento de aplicación; si contra nuestra opinión persiste en su intención de fundar la comunidad, encontrará en nosotros celosos simpatizantes y apóstoles de su empresa.»

Tras de esta carta siguen los extractos del acta de las sesiones del 8 y 15 de mayo de 1843 y del 6 y 13 de mayo de 1844. Son de mano de Berrier y se transcriben aquí *in extenso*:

«SESION DEL 8 DE MAYO DE 1843.—El ciudadano Sully (Sin duda Charles Sully—encuadernador de oficio—que en 1851 hizo propaganda en América para la organización de cooperativas de agricultores y obreros) informa que una *sociedad comunista* va a formarse en América, alrededor del lago de Michigán. El ciudadano Schapper pretende que nuestra generación no está todavía reparada, que está más bien destinada a predicar y a divulgar las doctrinas; teme él un ensayo infructuoso; sostiene que dado que las doctrinas no están todavía protegidas por un número suficiente de parti-

darios, los ensayos de comunidad podrían encontrarse expuestas a la mala voluntad, la fortuna, a la desgracia, al poder de la gran sociedad que por todos los medios, y sobre todo por la corrupción, minará los cimientos de las pequeñas comunidades nacientes.

«Hay que empezar, a base de perseverancia en el ejemplo, por destruir dentro en el seno de la gran sociedad el principio antifraternal que la desvía de su ruta natural; hay que demostrar la perniciosidad de los principios de explotación. El ciudadano Linstan aprueba a las familias inglesas que quieren intentar el establecimiento de pequeñas comunidades. Este dice: estas experiencias atraerán prosélitos y probarán el valor del sistema.

«Vale más actuar que teorizar sobre el papel. Vale más tentar un ensayo en pequeño que exponerse a un fracaso en grande. Ocupémonos del porvenir de nuestros hijos.

«El ciudadano Chilman se explica perfectamente la opinión del ciudadano Linstan; puesto que éste es opuesto al principio de la Comunidad no tendría inconveniente en ver fracasar las pequeñas tentativas a fin de sacar grandes argumentos contra esta doctrina.

«El ciudadano Schapper dice que el ciudadano Linstan parece interpretar la contrapartida de Maquiavelo, que parecía dar consejos a los príncipes para mejor abrir los ojos al pueblo. El ciudadano Sully piensa igualmente que las pequeñas comunidades de 25 o 30 familias son demasiado débiles para salir airoso, pues reuniendo todos sus esfuerzos, y trabajo, todas estas familias estarán obligadas a poder rápidamente satisfacer las necesidades más imperiosas ocupándose incesantemente de ellas. El ciudadano Berrier cree que los ensayos en pequeño no serán capaces de resolver la cuestión general. Sin duda, a pesar de todos los obstáculos aportados por los prejuicios y las pasiones egoístas, podrán ellos tener éxito hasta un cierto punto, pero las objeciones de los que en nuestra época buscan satisfacciones materiales, permanecerán siendo los mismos, y no hay que confiar sino en la predicación de los principios en el seno de la masa del pueblo, en la discusión de la teoría.

«Nuestras doctrinas sobre la comunidad deben triunfar porque están fundadas en la verdad y en la justicia, en que su finalidad es la felicidad de la especie humana, la fraternidad universal.

«Sus medios son la libertad, la educación, el progreso, que comprenden la represión de las pasiones egoístas del hombre y de los vicios de la humanidad entera, y por contra, el desarrollo de la simpatía, de la buena voluntad y de todas las virtudes sociales.

«Nuestras doctrinas triunfarán porque desean sinceramente la aplicación de la moral de Jesucristo: la Fraternidad.»

«SESION DEL 15 DE MAYO DE 1843.—Informe sobre el folleto de Mr. Hunt (se trata del folleto de Thomas Hunt: «Report to a meeting of intending emigrants, comprehending a practical plan for founding cooperative colonies of united interests, in the North-Western territories of the United States». Londres, 1843) que trata del proyecto de establecer una suerte de comunidad en América.

«El informador (Chilman) concluye con un rechazo de los ensayos de comunidad en pequeño, por falta de potencia para resistir a los ataques de fuera para someter las pretensiones individuales de dentro.

«Si los ensayos en pequeño fracasan, lo que no podrá menos que suceder dado el estado actual de cosas, entonces a los enemigos de la igualdad no les faltarán pretextos para criticar las doctrinas que tienen la verdad y el sacrificio por base. El ciudadano Schapper propone que se decida que toda tentativa de establecer la comunidad en fracciones mínimas en el seno de una gran sociedad fundada sobre el egoísmo es perniciosa o al menos intempestiva.

«El ciudadano Bauer confiesa no haber comprendido los razonamientos de algunos ciudadanos sostenedores de los pequeños ensayos. Nosotros no queremos, dice, edificar sobre

la arena, sino al contrario, edificar sólidamente. Nos es, pues, necesario, tener preparado nuestro plan o al menos las bases de nuestro edificio consolidado por la discusión. No es difícil hacer comprender al pueblo, en el seno de la sociedad actual, las ventajas que poseen sobre él los ricos, los privilegiados, los aristócratas, si estas cosas le fueran demostradas claramente sería un gran paso hacia la igualdad y hacia la destrucción de las clases.

«El ciudadano Berrier pregunta si es prudente hacer ensayos hoy de pequeñas sociedades comunistas, y adjunta: Yo no creo. Las obstrucciones y los odios del exterior son terribles; y dentro, los peligros de la mala educación que ha formado a los hombres actuales, la falta de fe en la simpatía como base general de la sociedad, el dominio en todas partes del egoísmo y de sus malas pasiones serán en el interior crueles adversarios. No debemos desimularnos que los fracasos servirán admirablemente los fines de nuestros enemigos, y que los ignorantes juzgarán de la teoría por el resultado.

Tras otras discusiones entre varios oradores, la proposición del ciudadano Schapper es puesta a votación y adoptada.»

«SESION DEL 6 DE MAYO DE 1844.—El ciudadano Schapper dice que el ciudadano Cabet se propone establecer una pequeña comunidad en París y pide que la oportunidad de esta medida sea discutida en esta sesión a fin de conocer la opinión de la sociedad al respecto.

«En consecuencia, el ciudadano Schapper hace observar que el pasado año condenaron una comunidad que había sido establecida cerca del lago Ery (el lago Ery, al sur del Canadá, limitado por los estados de Ohio, Pennsylvania y Nueva York. En el plan de Hunt era, sin embargo, cuestión de un territorio cercano a Milwaukee, en el lago de Michigan, en Wisconsin), en la América del Norte y que sus previsiones no habían desgraciadamente sido falseadas, pues esta pequeña colonia no había tenido éxito, y piensa que el ensayo del ciudadano Cabet será más perjudicial a nuestra causa que provechosa.

«Propone que el comité curse las actas a fin de enviar al ciudadano Cabet los extractos que conciernen al objeto.

«El ciudadano Schapper dice que se han fundado ya en Suiza pequeñas comunidades, pero que después de algún tiempo nos apercibimos que no podrán triunfar porque la armonía se encontraba quebrantada por agrias discusiones que se reproducen cada día entre los comunistas, además el gobierno que tiene tanto interés en hacer fracasar semejantes tentativas, empleará todos sus medios para fomentar la desunión en el seno del establecimiento.

«Es lo que ha ocurrido en Inglaterra de 1835 a 1839, donde por la propaganda se consiguieron 60.000 partidarios, la mayoría perdidos a la causa del comunismo desde que se quiso practicar la teoría en pequeña escala.

«El ciudadano Chilman pretende que concurren en nosotros demasiados defectos para vivir en ensayo comunal. Sólo después de una revolución, dice, y en una comunidad general, podremos tener éxito, puesto que entonces nos hallaremos al abrigo de las poderosas influencias y de la seducción de los monopolistas.

«Si el ciudadano Cabet pone en práctica su plan de comunidad no tendrá más éxito que sus predecesores, sean cuales sean las medidas que tome, cualesquiera que sean las bases de su constitución, pues el gobierno de Luis Felipe no dejará (y los medios son numerosos) de causar y acelerar la caída.

«Una vez la comunidad disuelta, el gobierno considerará para probar que la idea del comunismo es el sueño febril de una mente desequilibrada. Y las consecuencias serán fatales para la noble causa del pueblo, y lejos de hacer nuevos prosélitos los perderemos, y Dios sabe donde parará esta impulsión o retroceso por causa del fracaso.

«El ciudadano Widley participa de la opinión del preopinante y adjunta que por la prédica adquiriremos numerosos adeptos, nuestras filas aumentarán todos los días; un ensayo práctico de nuestras teorías, de tener éxito, no será más que un nuevo argumento en nuestro favor, un argumento que no nos proporcionará mucha ventaja sobre los espíritus recalcitrantes y egoístas, que resistirán a pesar de todo a cuantas pruebas se les ofrezca sobre la verdad de nuestros principios; pero si fracasamos brindaremos a nuestros regocijados enemigos un arma de la que se servirán con toda la astucia en ellos reconocida, sino para matarnos para hacernos al menos un mal irreparable.

«Cuando comparo por un lado el bien que podría hacer a nuestra causa el éxito del proyecto del ciudadano Cabet con el mal que nos causaría su fracaso, soy de opinión de rechazar todos los ensayos de comunidad hechos bajo las circunstancias actuales, de rechazarlos por impolíticos y fatales para nuestra causa.

«El ciudadano Bauer dijo que si los hombres son realmente desinteresados se podrá tener éxito; que dentro de las pequeñas comunidades de las que se nos ha hablado no existen hombres desinteresados o que hay pocos de estos, y además que su comunidad no lo era en el estricto sentido de la palabra; que se habían reunido solamente para vivir más bien económicamente y que el trabajo no era común.

«El ciudadano Chilman. El preopinante no ha expuesto todas las dificultades, y si se quiere hablar de la comunidad pura, la en cuestión no ofrecería esta ventaja, pues hay allí pensionarios de pago, en Francia más que en otra parte; por tanto, la comunidad en ensayo no podrá abrirse paso.

«Varios oradores toman seguidamente la palabra y se declaran contra el proyecto de pequeña comunidad.

«La sesión termina a medianoche aplazándose la discusión para la próxima.

SESION DEL 13 DE MAYO.—Lectura del proyecto de carta que debe enviarse al ciudadano Cabet por la «Société Démocratique» de Londres. El ciudadano Schapper informa sobre la comunidad de «Nueva Armonía», diciendo que los capitalistas que entraron en ella abrigan pretensiones exageradas y que quieren sojuzgar a los simples obreros.

«Para fundar una comunidad con garantía de éxito sería preciso aislarla del resto del mundo como ha hecho Rapp en América cuya comunidad ha tenido mucho éxito.

«El ciudadano Berrier cree que el ensayo del ciudadano Cabet no dará resultado con las gentes que le rodean y que sería un mal paso emprenderlo.»

En una carta del 3 de julio de 1844, dirigida a la «Société Démocratique», Cabet acusa recibo de la carta de Berrier-Fontaine:

«He recibido su carta del 26 de junio conteniendo las actas del 8 y 15 de mayo de 1843 y del 6 y 13 de mayo de 1844. Os agradezco y aplaudo vivamente esas útiles discusiones.

«Comparto plenamente vuestra opinión con vistas a las tentativas parciales en general porque están faltas de los medios necesarios para conseguir el éxito. Creo con ustedes que serían necesarios muchos hombres de todas las edades, profesiones y mucho dinero. Creo que generalmente es necesario limitarse a la propaganda... sin embargo habrá necesidad de llegar a la aplicación y empezar por un ensayo parcial, pues lo poco considerable conseguido hoy sería más útil que todos los libros y periódicos de propaganda y precipitaría el advenimiento de la gran comunidad...

«De todos los ensayos hechos hasta el presente, ninguno, a mis ojos, contaba con garantías de éxito. Ustedes han desaprobado en mayo de 1843 el ensayo proyectado por algunos comunistas ingleses resueltos en la fundación de una pequeña comunidad a orillas de un lago en América...

«Ateniéndome a lo poco que ustedes me comunican participo en su opinión. Pero mi plan de una pequeña comu-

nidad de voluntariosos y de una pequeña colonia fraternal cerca de París, ¿se parece a aquel proyecto? (Más tarde Cabet ha detallado este plan en su folleto «Petite Communauté de Dévoués y Petite Colonie Fraternelle», París.)

«No, no se parece en nada, absolutamente en nada... Esta pequeña comunidad de voluntariosos es una asociación de escritores viviendo en comunidad para fines de propaganda, para examinar y discutir todas las cuestiones... para consultar y guiar... en cuanto a la pequeña colonia fraternal, se trata también aquí de personas escogidas, de gentes de élite reunidas bajo la dirección de los voluntariosos, para completar su instrucción con vista a practicar la fraternidad, para hacer propaganda sea por su ejemplo, sea regresando al seno de la gran sociedad.»

Pero esta declaración no pudo tampoco convencer a los londinenses. La «Arbeiterbildungsverein» continuó la discusión sobre el comunismo en los años siguientes. Weitling permaneció 16 meses en Londres y tomó parte en estas discusiones durante un año. En estas sesiones la cuestión de las comunidades estaba también en el orden del día.

«Después de los debates que se continuaron durante el 1846 con los grupos del continente, en 1847 tuvo lugar un congreso de la «Ligue des Justes», donde se establecieron nuevos estatutos y donde el nombre fué reemplazado por el de «Ligue des Communistes». En el congreso siguiente, que se reunió de fin de noviembre a principios de diciembre bajo la presidencia de Schapper, los nuevos estatutos, de 50 artículos—que se habían enviado entretanto a los grupos del extranjero—, fueron adoptados el 8 de diciembre de 1847. En el congreso de junio se había decidido elaborar un programa: una «profesión de fe»; varios proyectos fueron redactados y rechazados, y en el congreso de diciembre se encargó a Engels la redacción de un programa. Engels propuso darle forma de manifiesto y no más la de catecismo. En febrero de 1848 el «Manifiesto del Partido Comunista» apareció en Londres; los gastos de imprenta fueron sufragados por la «Arbeiterbildungsverein».

El congreso de junio había también decidido publicar una revista; el primero—y también último—número de esta última había aparecido entretanto. En mayo de 1847, en «Le Populaire» convertido en semanario desde el 5 de abril, había aparecido el famoso manifiesto «Allons en Icarie», escrito «en la forma grandilocuente propia de su director» (Prudhommeaux, obra citada). Como en 1844, Cabet envió su plan a los londinenses y pidió su colaboración. En otoño fué él mismo a Londres donde tuvo una entrevista con Robert Owen que acababa de regresar de América y discutió su plan con la «Arbeiterbildungsverein». La discusión duró una semana. No se trataba ahora, como en 1844 de una «pequeña comunidad de voluntariosos» o de una «pequeña colonia fraternal», sino de un plan de mayor envergadura: la fundación de una comunidad en el Nuevo Mundo para diez o veinte mil «icarianos». Como en 1844, el plan de Cabet fué rechazado. El resultado de las discusiones con Cabet se encuentra en el artículo «El plan de emigración del ciudadano Cabet», que apareció en el «Kommunistische Zeitschrift», escrito probablemente por el redactor de la revista, Karl Schapper. Se testimoniaba de nuevo una gran admiración personal hacia Cabet, pero su plan de un viaje a Icaria fué considerado perjudicial a los principios del comunismo.

A. L.

NOTA DE LA REDACCION.—De este interesante estudio sobre el comunismo icariano, que trasladamos al lector desde las páginas del «Bulletin of the International Institute of Social History of Amsterdam», han sido eliminadas algunas notas marginales de escasa importancia por referirse a simples citas de tipo bibliográfico y en atención a nuestras exigencias de espacio.)

Notas para una biografía de nuestro tiempo



TODAS las actividades sociales se van acompasando a un ritmo universal planificado de avance. Sin el previo moldeamiento del gesto, el gusto y la manera de pensar no serían posibles las sociedades altamente mecanizadas y eficaces que son el fenómeno resultante de nuestra civilización y la expresión más significativa de nuestro tiempo. El noventa y cinco por ciento de las tareas humanas tienden actualmente a acrecentar y perfeccionar tal proceso de uniformización, como si la meta de la Historia fuese la unidad absoluta por centralización y acumulación. No se comprende, entre los actuales directores de la sociedad, la eficacia como una liberación de energías e iniciativas sociales. Al contrario, se trata de captar, dirigir y concretar en un fin único toda creación personal. Más todavía: se trata de evitar toda **creación personal**, sustituyendo la capacidad original del individuo por el **pedido** del grupo, la **necesidad** del grupo, el **interés** específico del grupo. Pero como el grupo habla siempre a través de sus directores — y hoy, más que nunca, a través de un solo director — son éstos en última instancia los que determinan las tendencias que deben prevalecer y las que no tienen derecho a la vida. Esta selección puede realizarse en nuestra sociedad de transición de varias maneras simultáneamente. En los regímenes totalitarios, como el nazista de ayer y el soviético hoy, pueden observarse más acusadamente esos rasgos subordinantes. En ellos, no solamente toda creación personal está sometida a control, sino que debe también estar **inspirada**, trazada de antemano por el grupo dirigente y, en particular, por el Gran Jefe. Al someter el pensamiento artístico y la investigación científica a los moldes previamente trazados por los directores, se subordinan y limitan, perdiendo con la libertad toda posibilidad original. El artista y el investigador son sometidos al proceso de eficiencia industrial y equiparados a la condición de máquinas. El «robot» puede ser el prototipo ideal soñado por la democracia política. En los regímenes totalitarios, la crueldad es llevada hasta el extremo y el «robot» es realizado en el hombre de carne y hueso previa una entera deshumanización. Nadie mejor que Orwell, en su novela de anticipación, «1984», ha conseguido fijar las condiciones de ese proceso y sus posibles resultados. La clase de Sociedad edificada por Orwell sobre los antecedentes de nuestro tiempo responde al tipo soñado por Hitler y por Stalin y, de una manera menor, por los megalómanos planificadores de la democracia «standard». Es el mundo totalitario sin remisión,

con la historia abolida y el porvenir cerrado frente a un muro inexpugnable de desconcierto, con el hombre reducido a entelequia, el amor castigado y proscrito, la mentira entronizada y la voluntad hecha trizas. Un mundo sin recuerdos ni aspiraciones, vacío de sentimientos y hasta sin lenguaje que pudiera expresarlos. Un mundo de «monoblocks» y reacciones sincopadas, donde todo sea obligatorio: el trabajo, la sonrisa y la gimnasia.

La Eficacia, como mito impulsor de la civilización moderna, es una deidad terrible. Allí donde ha reinado como principio soberano, millones de víctimas han sido sacrificadas en su nombre y para su mayor gloria. Niños, mujeres y hombres fueron las ofrendas innumerables que le brindó la naciente Revolución Industrial, en los albores del pasado siglo, en la vieja Europa. Shelley y Heine tuvieron que cantar a aquellos espectros macilentos que devolvían las fábricas, tras jornadas agotadoras de trabajo. El Gran Principio los convertía en piltrafas, terminando por devorarlos en los antros fabriles con ritmo uniforme. La Eficacia exigía su sacrificio. Sus huesos eran la simiente del porvenir. El porvenir, un siglo más tarde, eliminaba por el mismo concepto a varios millones de campesinos rusos, refractarios al Gran Principio, que únicamente se nutre de sangre humana. Y algunos años más tarde, en nombre del mismo principio sanginario, Hitler inauguraba los hornos crematorios, los campos de concentración científicamente reglamentados para la eliminación de millones de seres humanos, convictos y confesos de no comulgar con el Gran Principio. Y la orgía sigue, invadiendo nuevas zonas y devastándolas inmediatamente. La Eficacia, base de la sociedad productora que es la nuestra, termina mordiendo la cola y convirtiéndose en instrumento de destrucción. La sociedad de la producción termina por producir el asesinato en serie en cuanto se convierte en principio político con carácter inapelable. Como todo principio absoluto, la Eficacia absoluta odia los matices. Tiene necesidad de ser a la vez origen y forma, esencia y potencia, Todo. Pero, como el espíritu humano es excepcional y versátil, tiende a una variedad incompatible con el Gran Principio. El proceso de eliminación es ineludible en ese momento y aplicado a rajatabla. Por eliminación física — hornos crematorios — o por eliminación moral — campos de trabajo.

Desde el año 1917, año que presencié el triunfo

de la Revolución rusa, el Estado soviético no ha hecho nada más que desarrollar el mito de la industrialización y la defensa, aniquilando cuantos obstáculos se le opusieron en el camino y comprometiendo mortalmente la libertad y el porvenir del pueblo ruso. Por lo pronto, sabemos que los valores espirituales han sido allí sistemáticamente rechazados y que sólo se permite una actividad artística completamente oficializada. Incluso las primeras obras inspiradas por el impulso revolucionario se han eclipsado y en su lugar han aparecido mediocres intentos artísticos, derivados de las necesidades de la propaganda más que del espíritu creador. Todavía se habla, de cara al mundo, de Malakovski, en las revistas internacionales soviéticas, lo que quiere decir que la poesía rusa actual no ha podido superar al gran romántico de la Revolución. Poetas delicados y humanos como Pasternak no pueden servir al Estado stalinista. El producto genuino surgido de las consignas elaboradas por el buró político es ese pobre peón de faena literario que sólo sirve para el ditirambo y la genuflexión. La gran vergüenza para el soviétismo es no haber podido reemplazar universalmente los nombres de Tolstoy, Dostoyewski, Chejov y Puchkin. Pero esa tarea es imposible si tenemos en cuenta esta cláusula aprobada en el Estatuto de la Asociación de Escritores Soviéticos: **La condición decisiva del crecimiento de la literatura es la íntima ligazón del movimiento literario con los problemas de la política partidaria y el Poder soviético.** En realidad, dicha subordinación es responsable de la mediocridad y el colapso. Ajena al hombre, sólo se dirige a sus apariencias externas o a su situación social en sentido utilitario. Su mundo espiritual, sus conflictos emocionales y sus problemas son ignorados y negados. Incapaces de reconocerse en el pretendido arte soviético, el hombre universal le vuelve la espalda. El sentido revolucionario del arte hay que buscarlo mejor en la actitud del artista que en la forma con que se exprese. No es arte revolucionario el soviético, aunque así se llame y se pretenda hijo de una revolución, porque es el producto de un dictamen. Si su temática general es obrerista, su inspiración es utilitaria y dirigida. Sin libertad no hay arte posible. Arte es la emisión desinteresada de valores estéticos, libremente concebidos y expresados. Revolucionaria es entonces la actitud del artista consciente de que sin esa posición de principio su arte es obra de encargo, condicionada y limitada. Frente al Estado insensible por naturaleza, la rebelión del artista afirma la voluntad libre y creadora del hombre y se constituye en valor revolucionario por excelencia. Es la rebelión del espíritu creador contra la corriente avasalladora de nuestro tiempo que calcula sobre estadísticas y gráficos de producción. La planificación de la sociedad se traduce por la primacía cuantitativa, más que por la calidad. Esa mentalidad aspira a un arte manufacturado (si esto fuera posible) y sometido a un expediente de producción exactamente lo mismo que cualquier otra materia prima. La realización, en estado absoluto, de una sociedad de tal naturaleza, signifi-

caría la extinción del espíritu creador por tiempo indefinido.

* * *

El héroe, en la literatura moderna, es el hombre solo. Si el marco en que le toca vivir es profusamente social, deriva hacia las morbosidades psicopáticas, el egocentrismo, la megalomanía. Así son los personajes centrales de las grandes obras de nuestro tiempo. Sombrios, asociables, en lucha irremediable y a muerte con su tiempo. La literatura ensaya todas las formas de evasión, testimoniando con la rebelión de sus héroes la chatez de una vida uniforme. Esa rebelión pasa por todas las gradaciones: el escándalo, la crudeza y la frustración. La nostalgia de la aventura es, en realidad, el azogue que sacude los espíritus como una reacción ante la simetría invasora. Hace sesenta o setenta años la literatura y el arte descubrieron el mundo del trabajo, de la pobreza, de los bajos fondos, la prostitución, las minas mortíferas, las fábricas y los talleres insalubres. Para los hombres formados en los salones, aquel descubrimiento fué sensacional. Habían nuevas dimensiones en la vida, aspectos insospechados al alcance de la mano, y la justicia social cobró toda la pompa de una aventura. Zola y Daumier fueron tal vez los genios de aquel momento. Su prolongación hay que buscarla en Malraux y su experiencia en las filas comunistas, y un poco más tarde en la larga teoría de escritores combatientes, desde la guerra de España hasta la segunda guerra mundial. Pero tal epopeya ya sabemos en qué ha venido a parar: en el desengaño y la nostalgia. Incapaz de convertirse en el mercenario solicitado por el poderío en marcha, el escritor desnuda su frustrada aventura en la frustración misma de sus héroes. La muerte es casi siempre el suceso final, y hasta se puede decir que una muerte deseada, inevitable, última etapa hacia la evasión definitiva. Esta situación extrema, este nihilismo es, en el fondo, una respuesta a la carencia de estímulos revolucionarios existente en los medios populares. Veamos, sino, cuán diferente fué la reacción general al estallar la revolución española. Allí fueron a convergir las miradas y los anhelos de todos los hombres que se asfixiaban en el ambiente viciado de sus naciones respectivas, como el joven protagonista en la excelente pieza de Tennessee Williams. Y hasta puede hablarse de una promoción de artistas forjados al calor de la guerra de España. Pero aquella primavera duró apenas tres años. Fué ahogada en sangre. La epopeya terminó en carnicería y el mundo que conocemos siguió su obra de liquidación, acotando zonas respirables, corrompiendo el ambiente con ritmo seguro, insistente, obsecionante. La incorporación masiva de los pueblos a ese ritmo determina el triunfo de la soledad del inadaptado, del hombre que ve más allá de las virtudes domésticas, de la reglamentación y el orden anodinos de los días y las noches. Entonces la rebelión vuelve a su carácter inicial, teniendo por base el hombre solo frente a los poderes que lo humillan.

Benito MILLA



LA MUJER RUSA



NO de los misterios de nuestro tiempo es lo enigmático del carácter ruso. En su intento de traducir a Molotov a los términos de la vida corriente han fracasado muchos. Los que han prestado servicio en Berlín o en Viena recuerdan la impenetrabilidad de los centinelas rusos, abastecidos de pistolas ametralladoras y de bayonetas. Ampliando el campo ocurre lo propio con los jóvenes diplomáticos rusos, Malik, Zinchenko, Gromyko y con los semblantes de los grandes mariscales, Zhukov, Koniev, Voronov, Rokossovsky: rasgos cerrados, continente impasividad de hombres inmunes a la emoción humana. Sabemos poco de las mujeres; las pocas que se nos revelan revisten las mismas características, se trate de las jóvenes que controlaban el tráfico en los primeros días de la ocupación rusa o de las antiguas delegadas a los congresos. Hay en todas ellas el mismo aire glacial.

Sin embargo se viene afirmando que desde los tiempos de la Revolución los rusos han cambiado su carácter fundamental. ¿Es posible, se dice, que el antiguo carácter, impulsivo y abierto espíritu pueda subsistir al inhumano régimen stalinista? Y si no ha sobrevivido, ¿en qué sentido ha sido suplantado?

Aquel carácter persiste. Había gentes impenetrables entre los diplomáticos rusos de antes de la revolución. En sus juicios nadie acreditaría a Molotov. Pero tengo para mí que muchos diplomáticos rusos de la nueva escuela son verdaderos rusos. Malik es uno de ellos; y asimismo Gromyko. La mayoría de los mariscales y generales rusos son sorprendentemente rusos. En las paradas, los rusos han sido siempre duros, rudamente correctos y porfiados en las formas protocolarias. El inconveniente es que se nos hurtan fura de las paradas. He aquí una introducción al examen de la mujer rusa. Sabemos poco o casi nada sobre la mujer rusa porque ésta juega un insignificante papel en la alta vida política de la Unión Soviética en comparación con la intervención pública de la mujer en los países occidentales. Nuestra impresión sobre el ruso de hoy es casi exclusivamente derivada de los hombres; de los hombres a través de las paradas. En Rusia la mujer aparece raramente en las paradas. En ellas se puede ver, más claramente que en el hombre, que el corazón ruso no ha cambiado. Los rusos han adquirido diferentes maneras y algunas pocas ideas nuevas; hay más individuos resueltos que hace cincuenta años; la barrera entre sus semblantes públicos y privados es más impenetrable

que nunca. Con el tiempo, el semblante público podría imponerse al privado. Pero no creo mucho en ello. También aquí la mujer es más expresiva que el hombre; su vida es más libre y, en cierto punto, más irresponsable. En ella puede apreciarse un marcado reflejo de la mujer según la visión de los novelistas del siglo XIX; por lo tanto, hoy, cuando se me pide una semblanza del carácter ruso invito a leer a Turgueniev, a sus vulnerables y ardientes heroínas, románticas bien que sorprendentemente más impuestas de las crudas realidades de la vida que sus más sensibles y sobrias perientes inglesas. Tolstoi, en Natasha Rostova, con su negligente placer de vivir; Chekhov, en la exagerada sensibilidad de las tres hermanas que, no obstante apurar su vitalidad en incontables copas de té, se adhieren tesoneramente a sí mismas. ¿Cómo generalizar los rasgos de la mujer rusa tenida cuenta de tan agudos contrastes? Sin embargo es posible. En todas ellas se encuentra un rasgo común que las distingue de las mujeres de los demás países: una inextinguible impulsividad y una oposición absoluta a dejar de ser ellas mismas. Este espíritu vive todavía.

Imagino al ardiente feminista contener a duras penas su indignación por este preámbulo. ¿No es Rusia el solo país del mundo donde la mujer tiene absolutamente los mismos derechos que el hombre, hace el mismo trabajo por la misma paga, el más avisado y diestro, el más sucio y rudo? Sí, esto es verdad, pero lo principal queda en pie, y es que la más chocante impresión que ofrece la mujer rusa es la parte insignificante de su intervención en las actividades más importantes. Creo que esto es sintomático e importante en extremo.

¿Cuáles son las mujeres que intervienen en la vida pública rusa de nuestros días? ¿Dónde están? Hay un cierto número de diputados de sexo femenino en el Soviet Supremo y en varios soviets subsidiarios; pero con la sola excepción de Kollontai (1) no hay más mujeres en el círculo íntimo del Partido Comunista, rector de la Unión Soviética. No tengo conocimiento de la existencia de una sola mujer en la secretaría del Partido y entre los decanos de las organizaciones dependientes. Hay unos cincuenta miembros en el Consejo de Ministros pero sin mujeres entre ellos ni, que yo sepa, entre sus diputados. No hay tampoco grandes servicios públicos dirigidos por mujeres a excepción de los servicios públicos auxiliares. Más importante todavía,

(1) Revolucionaria rusa y exdiplomática, recientemente fallecida.—N. del T.

con la sola excepción de la señora Molotov, ya desaparecida de la vida pública, las esposas de cada uno de los grandes hombres públicos no juegan ningún papel visible en la dirección del país ni asisten a sus cónyuges en esta clase de tareas. Y esto significa, en efecto, que en la Unión Soviética, la tierra de la igualdad de derechos y oportunidades para la mujer, ésta no tiene ningún rol en la vida política.

Lo mismo ocurre en el campo de la literatura y en el de la creación artística. En Rusia, la vida artística es privativa del hombre. En Inglaterra por ejemplo, las novelistas no son menos prominentes que los novelistas; en Rusia pueden ser contadas con los dedos de una mano, a despecho de la tremenda importancia impresa en la literatura y en las artes libres. Se de insignificantes mujeres rusas en composición y pintura. Se nos cuenta, también, de la tremenda participación de aquellas mujeres en la vida intelectual. ¿Pero dónde están? No las encontramos en la política, ni en las artes, ni en la vida pública; las encontraremos en las universidades, en los hospitales, en los laboratorios, en las audiencias, en el grado medio de los funcionarios del Estado. En una palabra: en las clases profesionales. Las encontramos, también, en el teatro, como actrices, como danzarinas y como cantantes. Y, por supuesto, las encontraremos por millones en cada fábrica y en los trabajos del campo, en mayor cantidad que los hombres. Conducen, también, los tranvías de Moscú y se emplean en los trabajos del bosque maderero, limpian de nieve las calles ciudadanas, trabajando toda la noche bajo la luz de los arcos voltaicos. En la guerra realizan todas las tareas reservadas antes a los hombres, incluyendo la carga y descarga de navíos y el rudo trabajo en el fondo de las minas. Combaten también como soldados en los frentes de vanguardia. Ciertamente son iguales a los hombres. Y sin embargo...

La más grande mujer en la historia de Rusia, Catalina II, no era propiamente rusa sino princesa alemana. La zarina Alejandra, cuya influencia sobre Nicolás II tanto contribuyó a su derrocamiento, lo que precipitó la revolución bolchevique, fué también alemana. ¿Qué otras grandes figuras femeninas se han destacado en la historia de la Rusia moderna que hayan influenciado poderosamente los problemas del país? No hay una gran dirigente rusa como Isabel de Inglaterra, ni una gran heroína rusa como Florence Nightingale; ni grandes autoras rusas como Jane Austen o Brontes o George Eliot; ni grandes reformadoras y exploradoras como Margery Fry o Gertrude Bell. La historia rusa acusa la ausencia de mujeres. El régimen de Stalin ha arrastrado esta vieja tradición. En los primeros tiempos de la revolución hubo un cierto número de dirigentes revolucionarias, pero no han tenido sucesoras.

Esta ausencia de la mujer en los altos comandos de la Rusia prerrevolucionaria no fué del todo debida al hecho de la opresión de la mujer. Por el contrario, las que tenían interés pudieron vivir una vida singularmente emancipada. Hubo mujeres doctoras, propietarias de factorías, mujeres latifundistas con activo interés en el gobierno de sus propios estados. Fueron mujeres de intelecto y de carácter y pudieron aprovechar toda oportunidad para aparecer en el escenario público sin que lo hicieran. Lo mismo ocurre actualmente, en que la necesidad de una inteligente y bien dotada dirección en cada esfera es urgente desde el punto de

vista desesperado. Las más brillantes mujeres se hallan en segundo plano y muestran ante el hombre su patente inferioridad. Esto, superficialmente, es un curioso estado de la marcha de los asuntos en el país de la emancipación femenina. En la intimidad es peor.

Con sus grandes oportunidades, ¿por qué la vida pública soviética se halla tan desprovista del curso femenino? Según mi opinión, la respuesta es que la mujer rusa es demasiado honesta para desear tomar parte en la vida pública. Hay excepciones, y son los miles de mujeres de la base de las organizaciones del Partido. Pero no hacen política, la llevan a la práctica. Sin embargo hay mujeres de agudo intelecto que casi invariablemente se ocupan en trabajos técnicos y científicos. Ello no tiene nada de particular en un ambiente de exaltación científica y tecnológica. Por otra parte lo juzgo consecuencia de cierta actitud inconsistente en la mujer soviética. La mujer rusa es paciente. Pero, creo yo, es mucho más honesta que el hombre ruso. En ciencia, incluso en tiempos de Lysenko, la mujer es capaz de trabajar incansablemente sin queja alguna. En el amplio territorio de la Unión, en todos los trabajos subsidiarios realizados por mujeres, estas son pasivo instrumento de un gobierno cuya política desprecian, y que aceptarán como un mal necesario pero sin dejarse asimilar. Los hombres son diferentes. Incluso en Rusia, donde la autodecepción es comparativamente rara, estos se decepcionan más fácilmente que las mujeres y se persuaden a sí mismos en la idea de que están realizando algo importante y excelente, cuando de hecho no hacen sino carrera por la línea del menor esfuerzo.

Esta falta de interés político no desmiente el temperamento patriótico de la mujer rusa. Recuerdo que en 1941 hubo gran alboroto en Moscú por la actitud de muchas jóvenes que mostraban un vivo interés por las ropas, maquillajes y otras frivolidades. En verdad sus ropas dejaban mucho que desear, y en verdad también, su maquillaje consistía en un mero lápiz para labios, un basto barniz para uñas y polvos para cutis no menos arbitrarios. Todo ello era aprovisionado por el Trust Estatal del Cosmético, a recaudo, en los primeros tiempos, de la señora Molotov. Esta sostenía la doctrina de que las muchachas bolcheviques debían mostrar buena apariencia. Estas jóvenes eran tildadas de «fordinkis», o pequeños Fords por la aparente producción en masa de ellas. Fueron consideradas antisociales e indignas de las altas tradiciones de la revolución. Su frivolidad inspiraba horrendos presagios. Pero a la hora de la verdad supieron ser mujeres rusas. Y hubo infinitos rasgos en la transformación de las «fordinkis» en obreras de las industrias de guerra, enfermeras, practicantes, defensa pasiva, etc. Demostraron ser las mujeres rusas que habían sido siempre. He hicieron trabajos atroces en condiciones atroces, incluso bajo el fuego, tan resueltas como sus hermanas campesinas de los kolhosos.

No todas las jóvenes son fordinkis. Especialmente en la adolescencia y en la pubertad se las ven inspiradas de serios propósitos. Podrán no entender nada sobre la línea del Kremlin o importarle menuda cosa, pero sienten un inmenso y casi solemne orgullo por las realizaciones de su país y por la parte que les corresponde en ellas. De rostro redondo, de pecho exuberante, bajo uniforme rígido de kom-somol o sin él, participan en la transformación de la Madre Rusia desde el cenagoso corral casero a

la gloria del Gran Metro de Moscú. ¿Qué ocurre después? Casi todas las mujeres rusas contraen matrimonio y dan a luz de muy jóvenes. Y a este respecto, la emancipación de la mujer no obtiene la promesa de los primeros tiempos de la revolución. En la actualidad, la mujer rusa es requerida para la producción de hijos, y, de acuerdo con la cantidad de esta producción se las gratifica con la medalla de Heroína-Madre de la Unión. El divorcio es extremadamente difícil y el aborto sufre la prohibición severa de la ley. La promiscuidad es fuertemente desaprobada. Todo invita, por amor a la natalidad, a exaltar la santidad del matrimonio. Además está la obligatoriedad del trabajo. Hay un profundo conflicto entre la necesidad de más y mejores niños y la demanda de mano de obra femenina en las fábricas y en los campos, en las oficinas y en los laboratorios. Las no casadas o las no afortunadas de la vida matrimonial, pueden trabajar arduamente por la gloria de Rusia y de Stalin por el resto de sus días. Pero las casadas que tienen hijos tropiezan pronto con las duras realidades de la vida bajo Stalin, perdiendo pronto sus incipientes entusiasmos constructivos. Pero no pierden el entusiasmo por la vida. No hay tampoco en ellas revuelta activa contra Stalin, ni siquiera en sus corazones. A la larga ven en el gobierno un mal necesario, aunque disparatado en sus procedimientos.

Lo que más nos sorprende a los observadores de Occidente, constatada la aparente sumisión en Rusia al gobierno, es la capacidad de la mujer rusa en la formación del hogar, su ignorancia de la tiranía gubernamental y su actitud de estoleísmo jovial frente a las más adversas circunstancias. Recuerdo que en una ciudad de provincia clavada en la estepa central, durante el primero y terrible invierno de la guerra rusogermana, a un grupo de jóvenes y robustas campesinas, abatiendo troncos en la ribera helada, bajo la mirada de un solo centinela armado. Mientras trabajaban, cantaban, juraban o reían estentoreamente. No se trataba de niñas sino de mujeres de 25 a 30 años bajo trabajo forzado. Y si podían soportar dichas condiciones tomándolas a chacota, ¿cómo podrían soñar con desembarazarse de la tiranía del Kremlin? En proporción, estas mujeres se desenvuelven no más penosamente que el soldado británico, gruñendo y chancando en activo servicio. Ello era parte de su vida, y doblaban la espalda para cargar el fardo, arrastrándolo, lo mejor posible, pero sin dejar de ser ellas mismas.

He hablado, no hace mucho, de la falta de privilegio en la mujer rusa, que tiene que trabajar para su sustento y en tiempo de guerra sufrir como un soldado más. Pero en nuestros días, desarrollándose rápidamente, existe otra clase: la privilegiada. No me refiero a las actrices, las danzarinas y otras semejantes, que no piensan seguramente sino en su carrera, en sus intrigas profesionales, en su arte, tomado por cierto muy en serio. Me refiero, más bien, a las esposas e hijas de los ricos y afortunados en rápida formación de nueva casta. Estas no tienen obligaciones, ni deberes, ni, aparentemente, conciencia social. Durante la guerra no prestaron servicio nacional; sus esposos las situaron hacia el interior, en Ufa, en Alma Ata, en Tashkent, pasando días y noches como las hijas y esposas de los nobles provincianos del siglo XIX, pero con mucha menos relación con el mundo aledaño a causa de su total ausencia de responsabilidad. En la Rusia soviética, donde todo está regulado por el Esta-

do, sin que existe la libre empresa, no existen comités femeninos, sociedades ni institutos de caridad. Se está en la colmena o fuera de ella. Y esta clase de privilegiadas están al margen de la colmena.

Es difícil concebir lo contrario. La razón es que estas mujeres no tienen asiento fijo en una gradual jerarquía. La mujer del brillante general, del jefe de la MVD, del autor popular, del más capaz ministro o del encumbrado secretario del Partido, todas estas esposas e hijas gozan hoy privilegios, a los cuales, naturalmente, se adhieren, que las arrancan absolutamente del ambiente de sus paisanos. Y mañana, contra su voluntad, sin aviso previo, pueden despertarse y encontrarse con la sorpresa del esposo dimitido, arrestado o liquidado, y con ello el derrumbamiento total de su inestable posición. Es el retorno a la masa informe; la dificultad de hallar trabajo indispensable para el sustento del cuerpo y del espíritu, peor situación mil veces si no se ha conocido otro estado de existencia, pues con la caída del esposo se pierden no solo los privilegios y los medios de existencia, sino también los amigos, quienes se apartan despavoridos, temerosos de contaminarse en contacto con la familia en desgracia.

Creo que es esto, más que nada, lo que propaga la extraordinaria frivolidad e irresponsabilidad de las mujeres, frustradas rectoras de la sociedad soviética. En primer lugar el azar y la decepción que envuelve la carrera de los privilegiados tiende a atraer a pobres tipos de mujeres, las que gustan de la aventura y del triunfo. En segundo lugar, no hay estabilidad sobre la que fundar una vida decente. Incluso las mujeres con carrera propia se ven forzadas, casadas con esposos de prominente posición, a desarrollar una mentalidad que, por lo menos, no conduce al fecundo feminismo. Recuerdo, por ejemplo, una muy distinguida actriz de Leningrado, casada con un funcionario del Partido, felizmente casada y con varios hijos. Cierta tarde fué prevenida por cierta amistad de que su marido iba a ser detenido aquella misma noche. La aludida cambió de afecciones rápidamente; regresó al hogar, hizo sus equipajes, depositó los hijos en casa de sus padres y encaminóse directamente a la Oficina de Registro para solicitar el divorcio; esto ocurría en tiempos en que el divorcio era cosa fácil. No cambió nunca más una mirada con su marido, ni siquiera un saludo. La historia se hizo popular, y por un cierto tiempo la actriz cayó en la impopularidad al extremo de tener que retirarse del teatro. Su suerte se restableció al fin. Cambiando de clima y de público convirtiéndose de nuevo en adorado ídolo. Después de todo el público se preguntaba: ¿Qué hubiéramos hecho nosotros en su lugar? Su esposo era ahorrativo. Al fin, expropiándolo, aseguró una posición decente para sus hijos.

No quiero dar a entender que se trata de una acción característica. No es tampoco ejemplo no común. Rusia cuenta también con incontables heroínas: mujeres que permanecen hasta el fin al lado de sus esposos y padres caídos en desgracia, cueste lo que cueste, por más inútil que su sacrificio pueda parecer. He narrado esta historia sólo a título ilustrativo de la relajación de las mujeres que se mueven en los altos y vulnerables rangos soviéticos. Los he narrado para sugerir que mientras el régimen persista en su presente forma, las mujeres no dejarán su huella en la política del Kremlin. Demasiado honestas para desvirtuar los hechos y la realidad de la vida allí vivida no pue-

Un ilustre desconocido:

GEORGE SANTAYANA



L leer en la prensa internacional la noticia de la muerte del filósofo George Santayana, y ver allí los elogios que se dedican a su obra, tildada de meritisima y puesta a la par de la de los grandes pensadores de este siglo, por cierto bien precario en talentos filosóficos excepcionales, sentí un irreprimible sentimiento de consternación. No porque sea yo hombre entendido y poco ni mucho devoto en disciplinas intelectuales, sino por el asomo de vanidad que nos acomete siempre al enterarnos por primera vez del acaecimiento de un hecho transcendental, familiar al parecer al común de los mortales y sobre el que descubrimos nuestra supina ignorancia. Quizás haya aumentado mi desolación el hecho de que George Santayana, el filósofo que equiparan los críticos a Bertrand Russell y a Benedetto Croce, y que tuvo como discípulos en su cátedra de la universidad de Harvard a casi una generación de poetas, críticos, novelistas y dramaturgos, entre los que figuran T. S. Eliot y Walter Lippmann, sea precisamente español. De él acaba de escribir el «New York Herald Tribune» de Nueva York que «no es sólo uno de los profesores más famosos que ha tenido la Universidad a lo largo de toda su historia, sino uno de los intelectos más notables de América». Quiero creer que la erupción españolista es más sorpresa que orgullo. El español anda siempre oscilando entre estos dos extremos conceptuales que son la exaltación ríspida de los valores nativos y el más olímpico desdén para con ellos. Ambos extremos se tocan en varios puntos, y en el caso de Santayana parecen haberse

den convertirse en políticos y escritores. En vez de esto, las que podrían ser activas recurren a las profesiones impersonales, donde sus cerebros pueden funcionar, comparativamente, a cubierto de la coacción política. Mientras que la mujer corriente gana en Rusia, con su tasa de trabajo, su pan junto con su esposo, ellas no toman parte en la vida pública. Pero en la vida privada, detrás de la fachada expuesta a la mirada del visitante extranjero, es suprema como madre, como esposa, como enfermera, y más majestuosa todavía como abuela: la «babushka» de tradicional memoria. Quiere decir que la mujer rusa es todavía, como ha sido siempre, la directora pasiva de Rusia. Acepta el régimen sin formar parte de él. Es el receptáculo del alma del país.

Edward CRANKSHAW

(Tradujo del inglés J. P.)

dado cita penegiristas y derrotistas en la encrucijada de la ignorancia. Y es por demás evidente en los primeros, y hasta en gente que presume de enterada y de solvente en lo de estar a la página en los sucesos no comunes, la repentina movilización o rebusca apresurada de datos noticiables sobre la vida y la obra de tan «ilustre desconocido», que permita adoptar el necesario, rígido y circunspecto aire de enterados.

Nuestro sonrojo tuvo que llevarnos de la mano, a falta de recursos propios a dos fuentes que considerábamos concluyentes, para abreviar nuestra sed. Siendo Santayana español como hombre y norteamericano como filósofo, es a la prensa de habla inglesa y española que había que apelar, pues, digámoslo de una vez, concurren en la muerte de Santayana circunstancias tentadoras al comentario ambicioso.

«Es verdaderamente lamentable — declara «ABC» del 17 de septiembre último, repentinamente acuciado por los presagios de un inminente y fatal desenlace — que los españoles desconozcamos a un compatriota que, como Jorge Santayana, ha conquistado una aureola de prestigio para su nombre en el mundo anglosajón.» Pocos días después, el corresponsal del mismo diario en Roma, ya impuesto de la infausta noticia del fallecimiento de Santayana, se apresuraba a fabricar una póstuma cuan pretendida entrevista con el sabio moribundo. Pretendida por los celos que deja flotando en el aire la comparación de las palabras puestas en boca de Santayana con lo que parece haber sido la conducta y pensamiento de toda su vida. El agraciado corresponsal queda curado en salud al tener que manifestar que el pretendido testamento póstumo recibió, ya consumada la faena de la parca, de manos del secretario privado del filósofo, a quien fué dictado. No podrá, pues, exhibirse un documento solvente, acreditativo de las palabras de Santayana. El testamento no puede ser más apócrifo si se comparan sus términos, en los que campan la intención capciosa, con la actitud, esta vez incontrovertible, del finado, divulgada por la prensa internacional. El pretendido albacea ha querido rematar a Santayana en olor a santidad católica y casi a nacionalsindicalismo. He aquí la parte del cuestionario que pretende el corresponsal abecedista haber sido contestado por el agonizante:

—«¿Cre usted que la vieja Europa y la Roma universal y católica son todavía los árbitros supremos en el pensamiento y en la cultura?

—«Así lo creo.

—«¿Qué piensa usted de España?

—«Yo me he considerado siempre español y el destino de España ha estado siempre muy cerca de mi corazón.

»—¿Cómo cree usted que puede alcanzarse la paz que el mundo necesita?

»—Sólo Dios lo sabe.

»—¿Por qué ha escogido usted la ciudad de Roma como residencia durante los últimos años?

»—Porque creo que Roma es el hogar de la Europa civilizada y el punto en donde se dan cita todos los caminos.

»—¿Le agradaría que España le rindiese un homenaje?

»—Lo que España haga será una satisfacción, porque es ella la que debe juzgarme.»

Comparemos ahora esta versión francovaticanista con lo escrito en extensa necrología por la prestigiosa revista norteamericana «Time»:

«En su habitación del Hospital de las Hermanas Azules de Roma, falleció la pasada semana George Santayana. Contaba 88 años y se había convertido en uno de los grandes nombres de este siglo. Su última enfermedad fué breve. Aunque con ambigüedad característica, había vivido entre monjas durante once años, Santayana no volvió al seno de la Iglesia católica en la que había sido bautizado. En su lecho de muerte se había negado a recibir los santos sacramentos. Su cuerpo fué conducido hasta una capilla del cementerio católico de Verano y dejado allí, sin ceremonia, en espera de la hora del sepelio.» («Time», 6 octubre 1952.)

Sabemos por otra parte que el cuerpo de Santayana iba a ser inhumado, de acuerdo sin duda con su voluntad, junto a las tumbas de los poetas ingleses Shelley y John Keats.

Aun concediendo carta de paridad a estas chocantes interpretaciones, tendríamos que inclinarnos ante el arbitraje de los hechos. Y los hechos tienen que llevarnos a las siguientes conclusiones. Santayana nació en 1863 en España. Dejemos a los falangistas madrileños y de Avila disputarse su cuna. Lo cierto es que abandonó España por Boston, por iniciativa de su padre, a los ocho años de edad. Según el «Time», «situado en ambiente americano, Santayana se convirtió en tal por su educación en Harvard, pero retuvo una fuerte, aunque no ortodoxa, mentalidad española. Su familia era racionalista en un país furibundamente católico; reaccionó él contra el catolicismo en sentido puramente estético, y permaneciendo escéptico al mismo tiempo para con la fe.»

Hasta 1912 no regresó Santayana a su continente de origen. Lo hizo en esa fecha a Francia y España; después a Inglaterra y últimamente a Italia. El lector de las reclamaciones patrióticas que escribe la prensa franquista, debe estar preguntándose el por qué de la desdenosa actitud del sabio para con España desde 1912, y muy especialmente durante el decenio agudo de su dolorida ancianidad, y más todavía en las postrimerias de su existencia, al borde de la tumba. No hay para los actuales usurpadores de los destinos políticos de España ni siquiera la promesa del traslado allí de los restos mortales del filósofo. Este hecho sólo compagina con la fisonomía moral trazada por las informaciones no franquistas. Pero nunca con la burda maniobra de franquistas y vaticanistas a quienes sirve «ABC» y su ingenioso corresponsal.

El único servicio a la verdad por el hijuelo de Torcuato Luque de Tena es esa paladina declaración de ignorancia que sitúa a Jorge Santayana en la galería española de los ilustres desconocidos.

Estamos todavía aguardando un ensayo serio, o en su defecto, un esbozo sustancial de los pretenciosos colaboradores de la prensa azul. Sólo el megalómano Eugenio d'Ors (Real Academia Española) ha creído pertinente salir del paso en «La Vanguardia» con un mamotreto en el que habla de lo humano y lo divino, de Wilde, de Wagner y de Luis II de Baviera, y no de Santayana.

Se hace difícil trazar, aun siquiera en su silueta, el pensamiento filosófico de Santayana. Todo lo publicado estos días delata el socorrido desesperado cuando no la consulta fresca en las páginas del «Webster» o de la «Enciclopedia Británica». «Su filosofía — consigue concretar «ABC» — es el realismo crítico. El origen de esta denominación se encuentra en una obra conjunta publicada en 1920 en la que colaboraron siete filósofos, el más notable de ellos Jorge Santayana. El título inglés de este volumen era «Essays in critical realism». La esencia de esta doctrina estaba en su teoría del conocimiento. Para los realistas críticos, el hombre no conoce de modo inmediato los objetivos, no le llegan directamente a través de la experiencia. El conocer es una faena compleja que consiste en atribuir al objeto una esencia determinada que ya estaba en nuestra mente. Ni el hombre inventa el objeto, como creen los idealistas, ni lo recibe ingenuamente, como afirman los realistas.»

El editorialista ponía el acento en el supuesto raptó de Santayana por los historiadores filosóficos en provecho del pensamiento norteamericano. Poco de esto da a entender el cronista de «Time»: «Fué una personalidad aturdida entre dos hogares espirituales. El hedonismo latino disputábase en él con el puritanismo americano; el ascetismo y pesimismo español con el optimismo de América.»

Hay aquí una alusión a su soledad errante, a su infancia dócil, a su horror por el maquinismo y por las expansiones mundanas; a su condición empedernida de celibatarío, de esteta y de asceta, de materialista y de poeta, de hedonista y de hombre sobrio.

«Entre la joven generación — prosigue el «Time» — Santayana parece no especular sobre cuestiones filosóficas. Verdaderamente no hay filósofos españoles y nunca los ha habido. Ha habido un número de distinguidos ensayistas, no sistemáticos, alta e individualmente intermediarios entre la agonía personal y la filosofía: Unamuno y Ortega y Gasset. Santayana pertenece realmente a este grupo de brillantes egoístas. Su verdadera excelencia está en la literatura. Como poeta figuró entre los menores de clase severa, y comprendió muy bien que habíase desviado infantilmente del curso pasional que alimentó a la gran poesía. Fué ciertamente un literato admirado, comparado, por la común elegancia, con Matthew Arnold.»

Repasando estos juicios de precipitado recurso, se llega a la conclusión de que la obra filosófica de Santayana ha trascendido apenas del reducido dominio de los iniciados o técnicos, pasando completamente desapercibida para la crítica universalista. Desconocemos la reacción en los círculos españoles calificados del exilio cuya ausencia en el debate sería imperdonable; por lo que a los amaestrados intelectuales de la faraónica corte franquista se refiere, el traspies suena a ridículo. Una leve excusa es el hecho de que Santayana escribiera toda su obra en inglés. He aquí algunos de sus títulos: «The life of the reason», uno de sus primeros y más importantes trabajos; «Realms of being», donde expuso su «teoría de las esencias» que le hizo notable; «The

last puritan», novela tildada de excesivamente sentenciosa, cifrada en la definición de sus propias ideas; «Persons and places», especie de autobiografía en la que campan los contrastes ambientales en que se ha formado el autor; «Egotism in German philosophy», estudio crítico sobre la mentalidad germana, trabajo muy consultado durante la última guerra; «Dominations and powers», publicado en su avanzada edad; el ya citado «Essays in critical realism»; «El sentido de la belleza», su primer trabajo; «Interpretaciones de poesía y religión»; «Tres poetas filósofos: Lucrecio, Dante y Goethe», «Escepticismo y fe animal» y «La razón en el sentido común en la sociedad, en la religión, en el arte y en la ciencia». En total, una veintena de volúmenes sobre diversos géneros: crítica literaria, metafísica, sociología, arte, novela, poesía y autobiografía.

«La sola cosa remarcable en mi carrera—ha dicho Santayana—es que hube de emplear la mejor parte de mi vida en los Estados Unidos y escribir mis libros en inglés, aun reteniendo mi nacionali-

dad y sentimiento españoles, figurando en el mundo de habla inglesa como una especie de huésped permanente, familiar, apreciativo, y creo que discreto, pero siempre extranjero, social e intelectualmente, lo que no debe ser olvidado al examinar mis trabajos» («Time»).

Jorge Santayana no es el solo sabio silencioso, laborioso y creador que pasó desapercibido en su época. La posteridad, sin embargo, perteneció, pertenece, y pertenecerá a la mayoría de ellos. La fortuna deparó ya a Santayana la oportunidad de un desquite anticipado. Cuando las tropas aliadas, durante la pasada guerra, penetraron en Roma, concentraron sus sospechas en un misterioso anciano hospitalizado que se reclamaba profesor de Harvard. De la sospecha pasóse a la severa fiscalización política. Para los innumerables y capciosos requerimientos de rigor, Santayana tuvo estas solas palabras: «No estoy enterado; yo vivo en lo eterno».

José PEIRATS

Desarrollo del Movimiento anarquista moderno en GRAN BRETAÑA⁽¹⁾



PARA bien comprender el movimiento en el que militamos en este país, es necesario comprender también las circunstancias en que vino al mundo y tomó fuerza y forma. Al final del decenio 1870, terminó «el período de apatía» (como se le llamó), y a excepción de una esperanza en tiempos mejores por medio de reformas políticas, el modesto, aunque continuo, desarrollo del Movimiento Cooperativo y las «craft» (trade unions), que

buscaban la defensa de los trabajadores «diestros», fué una larga situación de desesperación para aquellos que, habiendo heredado las esperanzas de los socialistas y comunistas oweristas, deseaban cambiar las bases económicas de la sociedad, y hacer del trabajo y aportación útiles los derechos a gozar de la riqueza que el trabajo, la destreza y el conocimiento, ponen a disposición del hombre civilizado.

Las masas de trabajadores, en completa pobreza y aunque abandonadas en incontables ocasiones, generalmente creían en la falsa enseñanza de sus maestros, eclesiásticos y políticos de que las cosas fueron siempre como eran entonces y

que era inútil intentar hacer el cambio radical que los pensadores revolucionarios y agitadores pregonaban. La Iglesia tenía un himno, un verso, el cual decía así:

*«El rico en su castillo,
El pobre a su puerta,
Dios los hace altos y humildes,
Y ordena sus estados».*

No cabe duda, que el deseo de resucitar esta clase de fatalismos en la mente de la «clase baja», va envuelto en la gran campaña clerical que a través de la radio y de la prensa se está haciendo desde hace ya muchos años. Se ignora que los conocimientos y hechos históricos, críticos y científicos han destrozado completamente el dogma tradicional teológico.

El pueblo trabajador no conocía mucho, históricamente, sino el sistema que le empobrecía y aplastaba, llevándole a la desesperanza e impotencia, se había desarrollado, y estaba hipnotizado por la enseñanza general de «hemos de tener capital» (queriendo decir capitalistas) y propietarios que, es-

(1) El autor del trabajo que publicamos, especialmente traducido del original inglés, murió en Londres el día 30 de septiembre de 1949. George Cores se había destacado como activo militante del movimiento anarquista por un período de 65 años. Era de los pocos vínculos existentes con los grupos anarquistas del siglo XIX. Tanto en la tribuna como en las escasas publicaciones, Cores dió pruebas de su constancia y de su entusiasmo por la causa común. Fué encarcelado por defender en mítines públicos la libertad de expresión cuando en Londres se cernió la amenaza de un sistema político que negaba estos derechos. Por espacio de muchos años actuó en Londres y en provincias con William Morris, P. Kropotkin, Luisa Michel, Malatesta, Nettlau, Grave, Rocker y muchos otros destacados militantes.

Desde 1930 a 1936 fué editor adjunto del periódico anarquista «Freedom» contribuyendo en diversos artículos bajo el pseudónimo «Proletarian». Fué tan activo en la defensa de la Revolución española como lo fué en su momento por la Revolución rusa de 1917. Una semana antes de su muerte, a los 82 años de edad, había acudido a una reunión de la Federación Anarquista Británica.

Dejó dos trabajos inéditos, un folleto (réplica al libro de Orwell, «1984») el que procuraremos ofrecer a los lectores de «CENIT» y el documento — que no otra cosa puede llamarse — que publicamos ahora.

LA REDACCION

cogiendo los mejores lugares para sus residencias, fuerzan a las clases más pobres a aglomerarse en barrios horribles en los cuales la luz, habitación y salubridad existen en muy baja escala, si es que no faltan de una forma absoluta.

La administración de la «Poor Law (Ley del Pobre)» en esos días sólo podía hacer temblar a una persona civilizada. A los pobres desvalidos se les miraba y trataba como si fueran criminales. La emigración a Canadá, los Estados Unidos y a Nueva Zelanda, era una puerta de escape para un gran número de esos pobres, y un desastre para muchos de ellos también.

Las señales de esperanza en esos tiempos eran los clubs e institutos de trabajadores, donde muchos miles adquirieron educación política y conocimientos generales. Había también el gran Movimiento del Pensamiento Libre que, siguiendo a Richard Carlyle, Hetherington and Holyoaks, fué tan rectamente dirigido por personas tan valiosas como Charles Bradlaugh. Ese movimiento tenía una fuerte y amplia influencia. Desgraciadamente estaba dominado grandemente por la falacia «Malthusiana». Un clérigo llamado Malthus había escrito un tratado dando a conocer a la paciente clase trabajadora que todos sus disturbios sociales y económicos eran debidos al «exceso de población», inculcándoles la opinión de que ellos no tenían derecho a tener hijos por ser tan pobres para mantenerlos. Afortunadamente, el anticoncepcionismo hace poca referencia hoy a las falsedades de Malthus. La clase trabajadora acostumbraba a decir: «hemos demasiados», en vez de decir «hay demasiados explotadores, ricos, vagos y latifundistas sobre nuestras espaldas», y éstos incluso anhelan una gran guerra como remedio a sus dificultades económicas.

Pero el Movimiento del Pensamiento Libre era, a pesar de esto, una gran influencia emancipadora, destruyendo, como destruyó, la infantil idea de que una deidad todopoderosa había arreglado de una forma permanente las cuestiones sociales y humanas.

En las décadas del setenta y el ochenta del siglo diecinueve, había en el país una corriente republicana; sir Charles Dilke y Joseph Chamberlain de Birmingham, figuras muy prominentes, simpatizaban con esas ideas. El Movimiento del Pensamiento Libre era republicano casi todo. Esto era debido en gran parte a los escritos de Percy Bysshe Shelley, el gran poeta. Hasta el 1880 los escritos poéticos y la prosa de Shelley, eran leídos por muchas gentes de pensamiento progresivo. La lucha contra los propietarios, sostenida por el pueblo de Irlanda, fué apoyada fuertemente en Inglaterra y en Escocia, y la Liga Nacional Irlandesa era fuerte. Michael Davitt, quien sufrió condena a trabajo forzado por luchar por la libertad y la justicia en Irlanda, era una figura muy popular.

Pero toda referencia a cualquier naturaleza de socialismo o comunismo (no, claro está la monstruosidad de Moscú), era extremadamente pequeña y débil. La prensa había asociado todas estas cosas con la violencia insensible, los asesinatos y las locas revoluciones sangrientas. Se alegaba que los «Comunards» buscaban objetivos inasequibles, y «después que ellos hayan repartido entre ellos todo equitativamente, no tardará mucho en que las cosas vuelvan a su estado previo, si no a un estado peor».

Pero la esperanza no había muerto. Tampoco los esfuerzos por un orden racional de la sociedad, en el cual prevaleciese la justicia para los trabajadores y la felicidad llegase a ser general. Una superchería sobre la que hay que precaverse es que un genio cualquiera se pone a escribir cualquier tratado «científico» o filosófico, y, como por un poder mágico, saca de su saco mental una rebelión convulsiva, mundial y popular. No es verdad. Los acontecimientos reales no se producen de esa forma.

Es completamente cierto que los hombres y mujeres de gran habilidad y genio enriquecen los cerebros de las gentes de su tiempo con el esclarecimiento sobre asuntos impor-

tantes. Ellos tienen derecho a todo el respeto y afección que les profesamos, pero sus enseñanzas permanecen estériles hasta que éstas alcanzan el cerebro de las masas y se convierten en la expresión natural de los sentimientos y deseos del pueblo. Esto no se puede decir de ningún objeto inerte o condición económica. Eso pasaba en Inglaterra de 1870. Ningún hombre de genio «echó la bola a rodar» al toque de campanilla. Esto se hizo por unos pocos oscuros trabajadores.

Habían venido a Londres unos cuantos hombres como Joseph Lane, de Berkshire; Frank Kitz, un londinense; también Jack Williams; Samuel Mainosring, un ingeniero galés; y Ambrose G. Baker, un joven maestro de escuela de Northamptonshire (Ambrose Barker vive hoy, con 91 años de edad, y todavía toma gran interés en la actividad anarquista). Estos influenciaron caracteres similares. Algunos de estos nombres se pueden ver en los primeros periódicos propagandísticos.

Uno de los primeros puntos de reunión fué una taberna en Soho, donde un grupo internacional, llamado «club», se reunía. Allí la sección inglesa incluía miembros como los hermanos Murray, quienes fueron capaces de traer el mensaje de los días de los Cartistas. Los ansiosos y más jóvenes espiritistas anhelaban mezclarse con el pueblo en los parques, mercados y esquinas, donde se daban mítines, para agitar los cerebros de la clase trabajadora y persuadirle a luchar por sí misma, y por la consecución de condiciones sociales en las cuales fuese posible vivir como el pueblo debería vivir y como los trabajadores, los productores de la riqueza, merecen hacerlo. De esto salió la formación de la Labour Emancipation League.

Estos daban mítines en el Mile End Waste, de Barking, a la entrada de los puertos, en Victoria Park, y en otros innumerables sitios. Adquirieron una pequeña imprenta a mano e imprimían hojillas y manifiestos de su propia composición para la distribución general. Continuamente en la calle bajo toda clase de tiempo, a través de todo el año, desafiando toda crítica, el trabajo fué adelante. Todo era esfuerzo voluntario, empleando mucho sacrificio, pérdida de jornales y empleos, «todo por la Causa». Le hace a uno reír algunas veces cuando se agasaja a un candidato presumido y cómodo por ser elegido para el parlamento y municipio, oír hablar de ellos como si fuesen mártires al servicio del público.

Pero nuestros pioneros hicieron verdaderos sacrificios, continuamente, como cosa corriente, sin el menor encomio, despreciando todo lo que se pareciera a ello.

Los mítines al aire libre eran verdaderos refrigerios para los cerebros y espíritus. Se daban charlas ingeniosas, informativas y estimulantes, cada noche, y a menudo por la mañana y durante todo el día los domingos, por hombres como Kits, Lane, Williams, Harry Graham; Charles Mowbray, sastre y realmente un orador espléndido cuando estaba de buenas; W. B. Parker, compositor, y muchos otros hombres buenos y verdaderos.

A nadie se le imponían mojigaterías o credos dogmáticos para que los aceptara. Era tiempo de trabajo ideológico. Los obtusos y dogmáticos, que infaliblemente quieren tener razón después de haber leído un libro o dos, no habían llegado a ser todavía un rasgo común del movimiento socialista. La necesidad suprema era entonces, como ha sido a menudo, la propaganda «utópica».

Un gran estímulo fué la persecución de Johann Most (ex miembro del Reichstag por la publicación de un artículo aplaudiendo un regicidio ruso, en su periódico «Freiheit»). Esto era en 1881. El recibió una sentencia de 16 meses de prisión. El grupo de camaradas ya referidos publicaron siete u ocho números de un «Freiheit» inglés, con una reproducción del artículo objeto de delito.

Entonces vino la formación de la Democratic Confederation por H. M. Hyndman y algunos amigos. Esta fué al principio, mayormente, una asociación de clubs de trabajadores radicales. Más tarde, en una conferencia anual, se convir-

tió en la Social Democratic Federation, a propuesta de un delegado de la Labour Emancipation League. Mr. Hyndman, un año o dos antes, había sido realmente un conservador en política, pero después de algunas entrevistas con Joe Lane y Frank Kitz, cambió de ideas.

Hyndman, que era hombre bien educado, leyendo francés y alemán, se arrogó por aquel entonces el manto de Karl Marx, el cual le dió a este último algunos disturbios en aquel tiempo. Otros hombres de la clase media se unieron a la Social Democratic Federation, incluido William Morris, y su asistencia monetaria condujo a la publicación del órgano semanal, «Justice». Estos eclipsaron públicamente el más modesto esfuerzo de los trabajadores revolucionarios de la Labour Emancipation League. Pero esta última continuó trabajando enérgicamente en el East End, denunciando el desmedro de la Emigración que se llevaba a cabo entonces. Además, hubo una agitación sobre un subsidio del azúcar, financiado por el Partido Tory, el cual imputaba la propiedad de los trabajadores (no al «exceso de población») a la importación de la remolacha extranjera subsidiada. En ese tiempo, también, el Salvation Army y religiosos rivales eran muy activos, llevando a los pobres a creer que entrarían en un reino de gloria allá «en lo alto», después de morir. Nuestros compañeros se manifestaron muy activos combatiendo todos estos contrasentidos.

Después de un año o dos, hubo una escisión en la S.D.F., y William Morris y varios otros, incluyendo la Labour Emancipation League, se separaron y formaron la Socialist League, como cuerpo no parlamentario para trabajar por un socialismo o comunismo solamente. Estos, con la asistencia de William Morris, publicaron el «The Commonwell», mensualmente. Lane, Kitz, Mainwaring, Barker, Mowbray, David Nicoll, Tom Barclay, Tochatti y compañeros de la provincia como Alf Barton y Bert Stockton de Manchester, trabajaron infatigablemente, y la enseñanza del pensamiento social-revolucionario fué llevada sobre todo el país.

Entonces se produjeron las tendencias más definidas. Los social-demócratas, conducidos por Hyndman, y la clase media encuadrada en la Fabian Society, que entró en escena, se manifestaron por la «toma del Poder», mientras que la mayor parte de la Socialist League aspiraba a la desaparición del Estado y al establecimiento de una comunidad libre donde el trabajo y la riqueza fuesen compartidos por todos. Pero el verdadero trabajo de propaganda entre el pueblo, era llevado a cabo día y noche, por compañeros cuyos nombres raras veces aparecían impresos.

Pedro Kropotkin visitó Inglaterra en 1882, y dió un mitin en Stratford, Londres, el cual presidió el compañero Ambrose G. Barker. Tchaikovsky le acompañaba en esa ocasión. Kropotkin vino otra vez a Inglaterra en 1885 y, después para trabajar de común acuerdo con un grupo de anarquistas individualistas, formó el Grupo «Freedom», y con la cooperación de la señora Wilson y varios otros publicó el diario de ese nombre como órgano del comunismo anarquista.

John Turner y algunos otros camaradas de la Socialist League, y varios miembros de la S.D.F., se unieron a ellos y desde ese tiempo en adelante el movimiento Anti-Estatal empezó a tomar forma definitiva. En la Socialist League empezó a tomar forma definitiva. En la Socialist League empezaron los Estatales y los Anti-Estatales. Los primeros querían convertir la Liga en una segunda S.D.F., pero Joseph Lane, quien publicó un «Anti-Estatal Manifiesto Comunista», derroto la campaña de aquellos.

Mientras tanto se habían producido acontecimientos interesantes. El paro era serio, una gran cantidad de hombres, faltos de vivienda, dormían en el suelo en Trafalgar Square, sobre las orillas del Támesis y por todas partes. Una gran manifestación en Trafalgar Square, en febrero 8 de 1886, culminó en una marcha a través de Pall Mall y Piccadilly hasta Hyde Park, con robos y saqueos en todo el recorrido. John Burns, Hyndman, H.H. Champion y Jack Williams, fueron juzgados en Old Bailey por pretendida responsabi-

dad en el escándalo, y por casualidad escaparon a la condena. Pero los mítines de parados se sucedieron en la plaza. Los jóvenes oradores desplegaron una maravillosa capacidad retórica. Entre ellos se encontraban Jim y Jack Allman de la Socialist League. Uno de los oradores del «Mob Monday» (Lunes Revuelto), fué el bien conocido obrero Andrew Hall, una especie de orador teatral quien como preliminar a su peroración arrojaba la gorra, chaqueta y bufanda. Este se unió a los trabajadores de la Socialist League.

La fuerza de policía fué reorganizada sobre bases semi-militares, bajo el mando del General Sir Charles Warren que sirvió en la guerra contra los nativos de Sud Africa. A los parados, finalmente, se les prohibió el uso de la Plaza, la cual fué cerrada a toda manifestación pública. Esta acción del Ministro del Interior Tory, condujo a lo que se ha llamado «Bloody Sunday» (Domingo Sangriento), en noviembre de 1887. Una manifestación combinada, procedente de todas partes de Londres, fué atacada en los puntos estratégicos por fuerza organizada. El palo fué usado contra el pueblo en todas partes y los hospitales anunciaron haber asistido a más de cuatrocientas víctimas. Un hombre, Alfred Linnell por nombre, fué herido gravemente por la policía montada y murió a los pocos días. En esta ocasión, John Burns, de la S.D.F. (todavía no era diputado), rompió el cordón de policía y fué detenido y enviado a la prisión por seis semanas.

Al mismo tiempo, durante estos años, la policía intentó, en Londres y en provincias, romper la constante propaganda hecha por medio de mítines en las esquinas. Entre los londinenses, Jimmy Allman «hizo» el usual mes de cárcel en vez de pagar daños y costas, y Bert Stockton también pagó la misma pena en Manchester. Allí, ironía de ironías, su propio padre era carcelero en la prisión de Strageways. En Great Yarmouth, donde varios de nosotros fuimos detenidos, el fiscal fué puesto en ridículo por la presencia de treinta camaradas de Norwich que aparecieron en la audiencia acusados de «obstrucción», cuando en realidad no había habido tal.

Pero la lucha por la «libertad de palabra», que se ganó por la acción directa, ocuparía un gran volumen. Jack Williams fué a la cárcel por seis meses por dar un mitin en Dod Street, Burdett Road, Limehouse, E. Esta fué una gran victoria popular en la que todo el mundo tomó parte. William Morris apareció en el tribunal de la policía local en relación con ello.

Es realmente una inversión de todo lo razonable el que haya un partido pretendiendo hablar en nombre de la clase trabajadora que haya hecho eso, cuando está en el poder insensible y cruelmente destruye todas las libertades por las que los trabajadores han batallado y sufrido durante más de un siglo.

El trabajo de propaganda fué adelante. Vale la pena recordar a los jóvenes lectores que en aquellos días no había «Labour Party» (Partido Laborista), ni siquiera I.L.P. Pero los trabajadores, buscando realizar un cambio social, por medio de su acción unida, formaron o se unieron a las uniones conocidas como Labourers u «obrero no especializados».

Los trabajadores del Gas fueron de los primeros cuerpos en hacer eso y por la acción directa ganaron la jornada de las ocho horas en un tiempo cuando la cuestión de diez, doce y hasta trece horas de trabajo era una cosa normal para los jornaleros más pobres. La jornada legal de ocho horas quedó rezagada por varios años.

En ese tiempo no había «Izquierda» o «Derecha». Nadie soñaba en establecer una policía de estado, criminal, despótica, en nombre del Socialismo o el Comunismo. Había, sin embargo, social-demócratas, comunistas anti-parlamentarios, anarquistas-comunistas y, en Francia, un pequeño grupo de «Imposibilistas» Marxistas conducidos por un yerno de Karl Marx. Pero la libertad de pensamiento y de palabra, de reu-

LA ATENCION



A la frivolidad de la vida moderna, y la precipitación y el apresuramiento con que lo hacemos, lo oímos y lo vemos todo, y, más que nada el afán que muestran por despertarla los que viven del público, hacen que la atención se vaya debilitando, y que cada vez sean menos las cosas que verdaderamente nos interesan.

La atención no puede imponerse, es necesario que espontáneamente brote, sin esfuerzo ni preparación; no nace de la multiplicidad de objetos ni de la variedad, sino de la comunicación constante, lo mismo que el amor, al que tanto se parece, y del que unas veces es causa y otras efecto.

Para producirla y mantenerla, la fuerza que actúa sobre nuestro ánimo ha de obrar, no como impulso que doblega, sino como atracción que solicita. Para que despierte hacen falta en el objeto dos condiciones: la unidad y la vida.

El hombre de ciencia o el coleccionista, para quienes los hechos, los seres y las cosas no son fragmentos de algo que fué, sino elementos de algo que será—libro, historia, colección, descubrimiento, etc.—reunen y ordenan sus observaciones o sus hallazgos con la paciencia y el esmero del que ajusta y combina las piezas de un mosaico, cada una de las cuales adquiere valor por ser parte de un todo, y sirve, convenientemente enlazada a las demás, para

integrar y construir la obra una y perfecta, gracias al afán, al cuidado; a la atención, en suma, del que supo descubrir en ellas lo que los poco atentos no llegaron a sospechar siquiera, haciendo que de esta unidad brote la vida, y que lo que antes parecía embrollado, disperso o insignificante, adquiriera, como por encanto, orden, claridad y relieve.

Así, por ejemplo, las figuras históricas que, por pertenecer a tiempos relativamente cercanos a nosotros, o por bien estudiadas, o por haber sido popularizadas por la tradición y por el arte—como el Cid, Felipe II, Hernán Cortés o Cisneros—, tienen para nosotros personalidad, nos interesan; pero Liuva, Witerico, Gundemaro, a nadie pueden interesar; porque sus fisonomías son borrosas e indeterminadas, porque a sus nombres no va unido ningún rasgo físico ni moral de que la imaginación pueda valerse para reconstruir su personalidad o su carácter. Por eso, mientras nos parece que los citados monarcas sólo reinaron para alargar con sus nombres esas listas que abruma la memoria de los estudiantes, y es difícil encontrar quien dé razón de sus hechos poco hazañosos, nadie olvida a Fávila, devorado por el oso, ni a Enrique III, presentándose de improviso en el festín de los magnates, ni al Abad de San Ponce de Tomeras, haciendo saltar con una vara las flores más altas del jardín de su monasterio ante el enviado de Ramiro II el Monje.

Ocurre hoy un fenómeno digno de notarse, y es

la libertad de prensa, y de libertad de asociación. Anti-Estatal fué la verdadera alma de todo el movimiento contra el sistema capitalista de la sociedad. Encarcelamientos, exilio, esclavos en prisión, y muertos por expresión de opiniones conscientes, eran no solamente contrarios a todo el movimiento trabajador, sino despreciables en sumo grado.

No importa qué opinión se tuviera de la extensión que la libertad debería tener, al menos se reconocía que la libertad era esencial para la vida y desarrollo de la sociedad humana.

En esos días ocurrió un gran acontecimiento, el cual justificó el esfuerzo paciente y persistente que se había ido desarrollando por espacio de veinte años. Fué la gran huelga portuaria de 1889. De buenas a primeras se produjo un paro en el embarcadero de Hay, en las orillas del Támesis. Este se extendió como un incendio; los trabajadores de los puertos se unieron espontáneamente a millares. Estos habían sido tratados de una forma vergonzosa. Tenían que esperar durante las horas de la noche por ver si les tocaba la suerte de trabajar y ganar unos cuantos chelines para comprar algo necesario para atender a las necesidades de sus mujeres e hijos. Peleaban entre sí como condenados por un empleo de cuatro horas o más, a cuatro peniques la hora. Para reconocimiento perpetuo a su favor, los hombres de las barcasas se unieron a la huelga y apoyaron a los llamados no especializados. Ben Tillett había formado una Unión de Trabajadores del Puerto, pero había hecho poco progreso.

El gran resorte de la acción directa entusiasmó a todo el mundo y se propagó por todo Londres y provincias. Los tra-

bajadores, en las fábricas y talleres, se declararon en huelga también a millares, no solamente «en simpatía» con los trabajadores portuarios, sino contra los despreciables salarios que recibían por su trabajo y por el mejoramiento de las malas e intolerables condiciones de sus empleos. John Burns y Tom Mann, así como Ben Tillett, adquirieron una gran reputación pública en conexión con la huelga. Lo moral de esto es que lo que parece esfuerzo improductivo de unos cuantos anónimos, aunque monótono y sin dramatismo, es precisamente el móvil que puede aportar grandes y sorprendentes acontecimientos en el transcurso de los años.

Ni «los grandes líderes» ni los profetas trajeron estas cosas. El mérito principal recae sobre los oscuros «utópicos» y anarquistas, quienes nunca cesaron en su tarea, en mal y buen tiempo.

Naturalmente, todos los trabajadores anarquistas tomaron parte leal en la lucha o apoyaron a sus compañeros en este gran movimiento industrial. Probablemente este fué el mayor y más importante movimiento social en Gran Bretaña en los tiempos modernos. Tal vez más importante inclusive que la Huelga General de 1926.

Los trabajadores del puerto ganaron sus demandas de seis peniques por hora, un trabajo más regular, y formaron la Unión que ahora es conocida como Transport and General Workers Union.

George CORES

(Traducción de J. RUIZ.)

que, mientras en las ciencias y en las artes se advierte una marcada tendencia hacia la especialización, en la vida sucede lo contrario, y queremos verlo y abarcarlo todo. Los especialistas, cuya atención está fija en un círculo de ideas para ellos muy amplio, pero limitadísimo para el público, sólo son comprendidos por los profesionales, y cuando hablan o escriben tienen que buscar oyentes ni lectores, sino prosélitos, capaces de ser iniciados en su rito, y de convertir la rama de la ciencia o el arte que cultivan en una especie de culto esotérico y misterioso, y realizar poco a poco, sin otro estímulo que su propia atención, cada vez más despierta y más concentrada, esa labor, merced a la cual llega a substituirse la fábula por la historia, y la quimera por la realidad, reemplazando el cuadro, rico de color, pero pobre de composición y de dibujo, que la imaginación había concebido, por otro en que la línea es justa y la entonación real, y verdadero el ambiente.

Estos, que son milagros de la atención sostenida y constante, los realizan unos hombres que al trabajar no se aburren ni se cansan, porque cada hallazgo y cada descubrimiento es para ellos más bien estímulo que satisfacción, y cada conquista promesa de obras nuevas. Su atención sostenida llega a producir una especie de **interés compuesto**, pues así como éste no es más que una transformación constante de la renta producida por el capital en el capital productor de la renta, la atención y el interés mutuamente se engendran, se perfeccionan y se sostienen.

Fray Luis de Granada habla de un sabio que dedicó la mayor parte de su vida a estudiar las costumbres de las hormigas, y que al perseverar durante muchos años en su estudio demostró que no se aburría; en cambio, existen muchos que han recorrido el mundo entero sin encontrar en ninguna parte distracción ni atractivo.

Los padres encuentran a sus hijos mejores no de lo que son, sino de lo que les parece a los demás, por la atención que les consagran; las obras parecen buenas a sus autores no sólo por su orgullo, sino porque las conocen; únicamente en el caso de que la obra despierte el interés de la humanidad, hasta el punto de que la atención que la crítica y el público le dediquen sea superior a la que le dedicó el mismo autor, puede llegar a ser más apre-

ciada y hasta mejor entendida por los que la leen que por el que la compuso.

Si atentamente estudiásemos a los hombres, los juzgaríamos con más justicia, y nos parecerían más dignas de encomio sus excelencias, y más dignos de perdón sus defectos, o por lo menos seríamos más blandos y más tolerantes con todo el mundo, que no sin motivo el uso vulgar ha hecho que las palabras **atención** y **desatención** sean sinónimas, respectivamente, de las palabras **cortesía** y **descortesía**.

Seamos, pues, **atentos** con los hombres y con sus obras, y nos convenceremos de que si, como decían los antiguos, no hay libro tan malo que no tenga algo bueno, tampoco hay hombre tan miserable ni tan desdichado que no sea por alguna circunstancia digno de consideración y hasta de envidia, pues aparte de lo que en cualquier oficio, habilidad o profesión puede aventajarnos, si es joven quisiéramos tener su edad, si es viejo su experiencia, si rico sus comodidades y regalo, si pobre su vida libre y descuidada y si humilde su resignación.

Seamos **atentos** con todos y con todo y lograremos ser sinceros y justos, porque nos acostumbraremos insensiblemente a no hablar de lo que no entendemos y a no censurar lo que no somos capaces de comprender. Nada más perjudicial ni más ridículo que el aplauso o la censura que tributamos a quienes no conocemos. Tengamos el valor de confesar alguna vez nuestra incompetencia y nuestra ignorancia, que lo que perdamos con los tontos lo ganaremos con los discretos. No nos prosternemos ante ídolos en quienes no se cree. Si Dante «nos revienta», no esperemos a la hora de la muerte para confesarlo; lo malo no es dejar de leer a Dante, a quien muchos leen; lo malo es no leer a aquellos a quienes nadie lee, y en cuyas obras podríamos encontrar algo digno de admiración, por nadie sospechado. Atendamos a lo grande, si nos sentimos con fuerzas, y si no, a lo pequeño, y veremos como las cosas responden a nuestro interés amoroso y sostenido, descubriéndonos la verdad que encierran, el bien que atesoran y la belleza que ocultan, que si las hormigas han sido, son y serán siempre dignas de ser estudiadas, sólo por la atención podemos hacernos dignos de estudiarlas.

Manuel de SANDOVAL

NUESTRA SECCION LITERARIA

“La Vida y los Libros”

Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)

LA RESISTENCIA DEL NATIVO NORTEAMERICANO

«Nos dirigimos al primer pueblo de esta tierra que llamáis América. Y nos dirigimos a ti, hombre blanco, el último que arribó a nuestras playas en busca de libertad de conciencia, de palabra, de reunión y de derecho a la vida. Y nos dirigimos a todo el pueblo indioamericano.»



FSTO es lo que el Viejo Hopi quiere decirte: el césped crece alto y avanza como una ola a través de las anchas praderas de Arizona. Las lluvias vienen a menudo, dando abundante cosecha de maíz, melones, calabazas, que con la abundante caza le abastece de abundante alimento. La tierra no lavada por las erosiones le preservaba del hambre y de la pobreza. Felicidad.

La acción benéfica de los dioses era propicia a los Hopi, porque el corazón de los Hopi estaba unido, sin división entre ellos. Y porque los Hopi observaban fielmente sus viejas ceremonias de tribu — las pintorescas y simbólicas danzas. Pero una ansiosa expresión aparece en el semblante del Viejo Hopi, y su corazón se torna sombrío a medida que evoca los idos días, vivos en su memoria. Actualmente, estos indígenas americanos, una tribu de 4.500 habitantes, viviendo en su vieja morada, en alta meseta al Este del Gran Cañón, han sido turbados en su vida tradicional. La civilización ha producido otra de las ironías de su «progreso», arrumbando rudamente la belleza primitiva de una tierra, una cultura y una forma de vida: la forma de vida del Hopi.

No existía la gran carretera asfaltada, las estaciones gasolineras, ni petimetres que desfigurasen la inefable belleza de la tierra madre, tan querida al corazón del Viejo Hopi. El dominio de los Hopi se extendía a través de las anchas llanuras del más alto Arizona, pero hoy, este pueblo se halla acorralado dentro de un área de mil millas cuadradas circundando once pueblos.

Esta es la historia del Viejo Hopi — el Hopi tradicional —, narrada desde su punto de vista. Esta es la historia de un gran pueblo y de su lucha por la vida, la libertad y la felicidad, que les niegan los dirigentes cuyos sedicentes servicios a la democracia obscurece su sentido. Su lucha es la misma que la de Tom Paine y Gandhi.

La crisis de los Hopi es económica y cultural. El desastre económico ha sido acentuado por la drástica disminución del elemento básico: la tierra, obra presidida por el Indian Bureau. La cuestión de la tierra es principalísima entre los Hopi. Sus jefes tradicionales lo apuntaron en carta al presidente de los EE.UU., el 28 de marzo de 1949:

«Esta tierra es el sagrado hogar del pueblo Hopi

y de toda la raza india de estos lugares. Los límites de nuestra tierra fueron establecidos permanentemente y escritos en tablas de piedra, todavía en nuestro poder. Fué otorgada al pueblo Hopi la misión de defender esta tierra no por la fuerza de las armas, matando, sin confiscación de la propiedad ajena, sino por plegaria humilde, obedeciendo nuestras tradicionales y religiosas instrucciones, siendo fieles a nuestro Gran Espíritu Massau's.»

Lo conocido hoy como territorio reservado a los Hopi fué establecido por Orden Ejecutiva en 1882. La jurisdicción Hopi comprendía 3.860 millas cuadradas otorgadas por el presidente Arthur para uso y ocupación de los Hopi «y a algunos otros indios, a juicio del Secretario del Interior». La ambigüedad de la Orden Ejecutiva ha sido una fuente de fricción constante con los agresivos Navajos. La jurisdicción Hopi se halla rodeada por todos lados por el vasto territorio Navajo, pero tres cuartos de la jurisdicción Hopi les fué oficialmente usurpada por aquellos, con el beneplácito del Indian Bureau, en 1943.

Para reducir el sobrepasturaje, el régimen de Collier parceló la entera jurisdicción de los Hopi y Navajos en 18 unidades. A los Hopi, pueblo más bien ganadero, correspondió la más pequeña porción de los pastos, el Distrito Sexto, que representaba un cuarto del área oficialmente reconocida hoy como «establecimiento Hopi». Dicho de otro modo, tres cuartos de la jurisdicción fueron entregados a los Navajos, en cocomitanía con la reducción del ganado Hopi. Fué una presión ejercida por ciertos, vastos y oscuros intereses económicos de los dirigentes del Indian Bureau. Como consecuencia, muchos Hopi han sido forzados a abandonar el establecimiento en busca de trabajo en las poblaciones bajo dominio del hombre blanco. Es éste un aspecto del programa de «asimilación» del Indian Bureau.

Los pueblo Hopi son autónomos. No hay gobierno de tribu. Un jefe de tribu puede ser derrocado. Este hecho cuenta para la supervivencia de la obstinada tribu Hopi y de sus tradiciones frente a los persistentes esfuerzos para subyugarla. Los Hopi mantienen una sólida tradición religiosa varias veces centenaria. Hopi significa pacífico. De acuerdo con el boletín de la Universidad de Arizona:

«Desde hoy el hombre antiguo es respetado y depende directamente del pueblo en los aspectos

más importantes. Gubernativamente, el pueblo es la unidad y un gobierno genuinamente democrático; sus leyes son tradicionales y no escritas. El robo es casi desconocido e igualmente la pena de muerte. La vida Hopi se mueve dentro de la religión. El orden social es establecido y mantenido por medio de las ceremonias de la tribu... Seguramente ningún pueblo de la tierra, ni siquiera el pueblo chino, muestra una más consistente reverencia por la sabiduría del pasado...

La resistencia de los Hopi contra la dominación ha sido expresada elocuentemente por Katchongva, consejero del jefe del pueblo de Hotevilla:

«Yo he sido perseguido, encerrado en las cárceles del hombre blanco varias veces, sufrido hambre, batido y arrastrado por el polvo. He visto resbalar varias veces la sangre y las lágrimas por mi semblante, todo ello porque he querido vivir mi propia vida y ser fiel a mis tradiciones religiosas. El hombre blanco ha querido destruir mis medios de vida, pero no los abandonaré... Quiero permanecer fiel a mis viejas tradiciones que me son sagradas, y he encontrado abierta frente a mí las puertas de la cárcel. Cuando me encontrasteis, probasteis que no ibais buscando un pobre indio, un hombre humilde. Buscabais un hombre orgulloso, un hombre rico, y vuestros esfuerzos iban concentrados hacia ese hombre orgulloso y rico, y yo, hombre pobre, fui pisoteado.»

Hoy, el Indian Agent da permiso a este noble líder de un pueblo digno para que haga pastar sus caballos. Un símbolo penoso de la dominación. Dan, es el nombre dado por el hombre blanco a Katchongva. Le conocí durante una soleada mañana primaveral en la cima de una profunda quebrada, cercano a los 88 años de edad. Representa el alma de un pueblo. Su sinceridad y equilibrio, su gran carácter e inteligencia es de una poderosa elocuencia.

La división colonial del Indian Bureau sigue la fórmula familiar. Imponiendo una agencia de concepción gubernamental, el llamado Tribal Council, e imponiendo también una constitución redactada en Washington sobre los Hopi, el Indian Bureau deriva en gobierno tribal democrático que existía mucho antes de la llegada del hombre blanco. Más bien representa un cuerpo gubernamental subordinado para facilitar la política de Washington a dividir y dirigir políticamente. Los Hopi no han estado nunca en guerra ni firmado tratados y acuerdos con los Estados Unidos. Se consideran a sí mismos una nación soberana.

Los jefes hereditarios no están conectados de ningún modo con el Tribal Council, agencia gubernamental títere cuyos miembros se hallan generalmente empleados en el Indian Bureau — compra-

dos y pagados por él —, en su mayor parte reclutados de una generación entrenada en las escuelas federales de asuntos indígenas. Muchos niños Hopi cuyos padres resistieron a la deformadora escuela fueron separados violentamente del hogar por el término de unos ocho años y enviados a las escuelas del gobierno, a grandes distancias de sus padres para destruir su cultura tradicional. El conflicto de su cultura es explotado cuidadosamente. Tal es la política «asimilista» de los conquistadores.

Mientras otras tribus indias han sido envilecidas por el licor, seditivo del hombre blanco, y convertidas en serviles y sumisas, los Hopi han rechazado tesoneramente este «status». Los Hopi saben que su sumisión acabaría por destruirles a ellos y a su tradición. Sus tradicionales líderes han proclamado:

«Sed atentos y examinar con diligencia los procedimientos del hombre blanco. Su lengua es dulce, sus manos rápidas y no vacilarían en usar todos los medios para obtener lo que su corazón desea. Pondrá en práctica ardides, relaciones, dinero y otros medios materiales para destruirnos y robarnos la tierra. Todas sus leyes y politiquería, que a primera impresión parecen buenas y justas, tienen por fin único arrojarnos de nuestro suelo. Cuantos más gajes aceptemos del gobierno mayor será nuestra deuda hacia él.»

Los apologistas del Indian Bureau son numerosos y bien pagados; los solos apologistas de los Hopi son sus sabios obedecidos y hereditarios jefes que asumen las graves responsabilidades de la tribu sin sueldo y cuidan sus tierras como cualquier miembro. Los apologistas del Indian Bureau tildan de «demasiado compleja» la esencia del problema del Hopi y del indio en general, es decir, la autodeterminación a los Hopi. Lo menos que pueden hacer es dejarlos en paz.

Autodeterminación es soberanía, autodirección. Autodeterminación significa que un pueblo tiene el derecho soberano de determinar y llevar a término su propio destino sin embarazo autoritario que fije por su cuenta la rectitud o no de los actos. Bajo el signo de la autodeterminación, el pueblo tiene derecho a incurrir en sus propios errores y tomar experiencia de los mismos. El Indian Bureau no puede otorgar esta autodeterminación a los Hopi. Todo lo que puede hacer es no enojarles con su presencia. Los Hopi desean vivir su propia vida, sin amos ni restricciones. Gandhi demandaba la autodeterminación frente a los opresores ingleses y para los indios asiáticos, la misma que piden los indios americanos del Indian Bureau de los Estados Unidos. Esto es lo que el pueblo Hopi han pedido siempre para todos los pueblos.

George YAMANDA

PEDAGOGIA MERCANTIL



OR haber ejercido el magisterio durante varios años, he tenido la obligación y el placer de oír tratados y revistas de orientación pedagógica. De todo he leído y oído a mis profesores, la denominada pedagogía mercantil no apareció. Confieso, con orgullo profesional, que a pesar de ser extensa su aplicación en todos los países, me era desconocida. Vivir para ver, dice, y dice muy bien, un viejo refrán.

Desconociendo el tema, ¿cómo tratarlo? Probando Adelante, pues.

Intentaré definir, a mi modo y manera, lo que yo creo es la pedagogía mercantil: «Arte de ganar dinero comerciando con la instrucción de los niños.»

Me arrepiento de la palabra «arte»; todas las artes son nobles; la pedagogía mercantil no merece tal calificativo. Tampoco lo de «ganar» me place; ganar es triunfo, victoria, éxito. Ganamos un jornal a cambio de un día de trabajo. La pedagogía mercantil no triunfa, no vence, no logra éxito alguno; no da a cambio.

Así, pues, rectifico la definición dejándola en: «Manera de estafar comerciando con la instrucción de los niños». Todavía me repugna haber utilizado el vocablo instrucción. La instrucción tiende a enriquecer los conocimientos del niño en todos los ramos del saber humano, para alcanzar una cultura general que a su vez permita el acceso a conocimientos superiores y específicos. Instruir no es sólo suministrar verdades que destierran la ignorancia y prejuicios; es también despertar el interés por otras verdades; es guiar al niño a descubrirlas por sí mismo, inculcándole, creando en él, el hábito a la observación.

La pedagogía mercantil no instruye respetando las leyes del desarrollo psicológico infantil. Arroja a voleo unos conocimientos seleccionados en un programa, que los escolares asimilan o no. Estos programas «oficiales» en nada cuentan con la ciencia pedagógica; no tienen un horizonte social; se trata de obtener futuros súbditos de un Estado.

¡Ah, el día en que maestros y programas sean libres! Es un tema a tratar.

Un hijo de un amigo mío, ingresó en un colegio de una villa de esta Francia que tantos pedagogos, psicólogos y sociólogos ha dado al mundo. El niño había obtenido una beca que en unión a los sacrificios de su familia obrera, permitíale cursar unos estudios, para lo cual el muchacho tenía vocación y aptitudes. El primer año, el pasado, las «notas» fueron buenas; el chico contento y los padres satisfechos. Este año las notas no han sido

buenas; al fin del curso, el director del establecimiento aconseja a los padres llevarse al niño, no volverlo más al colegio y colocarle como aprendiz de un oficio cualquiera.

Este es el hecho.

Algún lector no verá en él nada de particular; otros lo catalogan como un caso bastante general; los padres del interesado, ven un drama sentimental. El niño en cuestión, no ve, sino que palpa la primera injusticia de la sociedad contra él.

Yo veo un crimen y lo acuso.

Admitamos que las «notas» sean fiel reflejo del trabajo y resultados obtenidos por el alumno, que no lo son, y no me sería difícil probarlo. Queramos creer, pues que el niño no ha trabajado a gusto de sus profesores. Y puestos a conceder, concedamos que el alumno no ha seguido el ritmo de sus compañeros de clase y curso.

Solución pedagógica: la expulsión.

¿Qué diríamos del médico que bueno para restablecer la salud en caso de desequilibrio por un simple catarro, aconsejara la puntilla ante un caso grave de su cliente?

¿Qué pensar del pedagogo que ante un hecho de desequilibrio en el ritmo de la evolución psicológica de uno de sus alumnos, aconseja por todo remedio, lisa y llanamente, privarle de la instrucción y mandarle al trabajo manual?

La psicología experimental, ciencia nueva, ha logrado tras numerosas observaciones y estudio de estadísticas, una terapéutica a aplicar en casos de enfermedad, desequilibrio o anomalías del espíritu. Hoy se clasifican los trastornos mentales al igual que los fisiológicos. Se tratan las causas patológicas psíquicas por procedimientos racionales, llegando, en muchos casos, al logro de la plena salud, o corrección en gran escala. Lo que no debe hacerse, lo que raramente aconseja la ciencia pedagógica es el desahucio, la extremaunción.

Si el pedagogo observa un caso anormal entre su población escolar, debe recurrir a la ciencia, a su experiencia, al consejo. Debe recordar aquello de que, «para las cuevas arriba quiero mi burro que para las cuevas abajo yo me las subo». Es en efecto, ante casos difíciles en los que el maestro debe sentirse pedagogo y poner en práctica los conocimientos de su profesión. Cuando el niño se desvía del ritmo normal, su conducta debe sonar a alarma para su maestro. Debe ser sometido a una observación y vigilancia especiales, tan especiales que el niño no debe sentirse observado ni vigilado; su maestro debe convertirse en su médico tratando: de descubrir la anomalía, de establecer el diagnóstico, hallar o deducir el tratamiento, aplicarlo y observar los resultados.

No se trata un caso de la misma manera que

otro, y aún el método no se creará infalible pues su aplicación en un niño de igual diagnóstico puede dar resultados diferentes.

En todo núcleo escolar se constata que unos niños, sin anomalías psíquicas aparentes, no siguen el ritmo normal de sus condiscípulos. Son los retrasados pedagógicos.

Precisemos que el retrasado pedagógico, no es un débil intelectual, ni un enfermo psíquico; el retrasado pedagógico suele gozar de unas facultades normales y hasta superiores a las de sus compañeros de curso. En el juego, en el trabajo libre, en los trabajos manuales, en la iniciativa, se comporta normalmente. En la clase es un atrasado. Este tipo de escolares que forman el «pelotón de los tontos», digámoslo de una vez, no tienen un pelo de tontos.

El retraso es debido mil y una vez, a que no se han tenido en cuenta las leyes de su evolución intelectual. ¿Culpable? Su maestro. Está hoy abandonada la teoría que presentaba al niño como un hombre en miniatura; no. El niño tiene una inteligencia diferente a la del adulto; en el niño todas sus facultades están en evolución y sólo po-

drán compararse a las del hombre cuando el período evolutivo haya llegado a su fin, la diferencia entre un fruto verde aún y otro, el mismo, ya sazonado.

Esta evolución existe durante todo el período escolar; se ha iniciado antes y continuará aún después de que el niño deje la escuela.

La psicología experimental ha demostrado que, en general, los niños alcanzan grados de evolución mental determinados, en edades determinadas; claro es, tratándose de inteligencias, de aptitudes poco más o menos iguales. De esta descubierta puede deducirse un principio pedagógico: el de no hacer ejercer a las facultades en evolución, actividades no correspondientes a sus edades o grados evolutivos. Consecuencia: dosificación de la enseñanza con arreglo a la edad psíquica que, no olvidarlo, a veces no coincide ni hay paralelismo con la edad fisiológica.

En un próximo artículo diremos algo más.

E. Regné BARBANCE

UN RELATO

El "Caballero 1º"



Entregan su tarjeta: José Alvear de la Peña. Es un hombre flaco, erguido, de andar solemne, con ojos de loco atemorizado y movimientos ceremoniosos de lacayo sin librea. Cuando calla, mira fijamente, como deseoso de comprender; cuando habla, baja la mirada, como si le asustasen las vulgaridades que necesita decir. Si le hablan, sonríe; si habla él, se

entristece.

En la cara, en el gesto, en la actitud, tiene la humildad; en los ojos, la protesta. Es un hombre convencido de su insignificancia, pero que rebela en espíritu. Es lo que es, pero debiera ser más.

Y en el traje hay igual rebelión. Se ve que está probado muchas veces para dar idea de una ropa elegante, que lo doblan amorosamente todas las noches para que conserve todos los dobleces matemáticos de las prendas recién estrenadas; pero ¡ay! se ve también que está muy lejos la fecha de ese estreno. La corbata, de un gris modesto y sufrido, trae un nudo impecable; por el color es de burgués, por el lazo es un «clubman». La camisa, muy planchada y muy limpia, descubre en los bordes la acción piadosa de las tijeras que han destruido hilachos indiscretos.

Desde que entra, de todo él, de su persona y de su ropa, de su palabra y de su corrección, se desprende ese vaho de indefinible tristeza que dan los seres y las cosas mal colocadas en la escala de la vida. Produce un poco la sensación de esos encajes primorosos que enseñan las familias a sus visitas para que los admiren, y que inmediatamente vuel-

ven a ser guardados en la constante y perfumada compañía de peros y membrillos. Don José Alvear de la Peña debía ser algo así..., algo muy cuidado, muy pulcro, muy dobladito, pidiendo a voces el secreto reposar en alguna cómoda entre olorosos membrillos que le conserven la ropa y la voluntad para un día de visita.

Entra, saluda y se sienta. Como todos los tímidos y como algunos cómicos, no ocupa más que el borde de la silla, y aun de este borde lo únicamente indispensable para mantener el equilibrio. No se sienta, se apoya. Parece que él mismo está diciendo: «No, yo no necesito tanto asiento...; para mí basta con un poquito...»

—Le molestaré, de seguro... pero dispénsame. ¡Tengo la desgracia de llegar cuando están más ocupados!

—No, señor.

—¿No se acuerda usted de mí...?

—Sí, hombre: Alvear.

—¡Qué casualidad!... ¡A mí no me recuerda nadie: no sabe usted lo que me alegro!..

Y por la cara de aquel hombre pasa como un rayito de luz que ilumina y hace sonreír su fisonomía desdibujada y terrosa: el traje mismo, a impulso de algún nervio que se estremece, tiene un pequeño movimiento, pero enseguida el hombre y el traje recobran su inmovilidad.

Y enseguida también, la mirada se posa, inquieta y entristecida, sobre un rincón de la mesa en donde aparece, blanca y reluciente, con los puntitos negros de una letra menuda, la tarjeta de José Alvear de la Peña.

—Ya veo por lo que usted sabe mi nombre...

Y la voz se tornó grave y firme para decir la única verdad de que estaba convencido.

—Que de mí no se acuerde nadie... Bueno... Pues yo me he permitido distraer su atención y me presento a usted invocando una amabilidad suya. Yo tuve el honor de estrenarle a usted una comedia.

—Sí, es verdad... Quedé muy satisfecho de la artística labor que hizo usted en aquella obra.

Por no lastimar las posibles susceptibilidades, no me atreví a preguntar qué obra había sido, y dando un rodeo para ver si llegaba al mismo objeto, añadí:

—Por cierto que el papel no era de los fáciles...

Volvió a la cara la sonrisa y al traje el temblor.

—Muy pocas palabras, pero la situación sí, era comprometida para un actor que no tuviese gran dominio.

—Usted hacía el... el...

—El Caballero 1.º, sí, señor.

—¡Ah!...

—He tenido la satisfacción, en la noche del estreno, de que usted me felicitara.

—Y se lo repito a usted ahora.

—Muchas gracias. Creo sinceramente que no estropeé el momento. Lo había estudiado mucho...

—Y muy bien comprendido.

—Cuando el papel tiene frase, la frase lo explica todo; no hay sino dejarse llevar. Pero cuando se trata sólo de situación...

—Sí, eso es lo peligroso en el teatro.

—Decir un gran parlamento o sostener una réplica muy viva, y entrar en situación, es muy sencillo, pero no haber dicho nada, ni decir nada después, y no desentonar en aquel momento, es difícilísimo, arriesgadísimo, comprometidísimo... Por eso yo estudio tanto esos papeles de situación.

—Realmente, le salen a usted...

Y como yo mismo no estaba muy persuadido de qué modo le salían, para no mentir ni ser descortés, alargué los puntos suspensivos, dejando al interesado la tarea de comprenderlos a su gusto.

Hubo una pausa.

—Venía a pedirle a usted un gran favor...

—Usted dirá.

—Usted me felicitó. Aunque hubiera mucho de bondad y de cortesía, algo queda para mi propio trabajo.

—¡Evidente!

—Para usted no seré un gran actor, pero soy un actor que usted no está quejoso...

—Al contrario...

—Y esto me anima a solicitar de usted una ligera modificación en la nueva obra que han repartido hoy.

Le miré sorprendido. Que las mismas damas y los primeros galanes pidan modificaciones, y aun sin pedir las a veces, añadan, sustituyan, corten y rajen en una obra; que las damas jóvenes soliciten más tiempo en escena para que las vean más, y los característicos o genéricos exijan que les pongan más chistes o que los pongan ellos de su cosecha; que el gracioso diga a gritos que él no siente la obra ni la sentirá nunca...; pero que un comparsa o un meritorio se lancen en tales aventuras, me extraña un poco, aun sabiendo por experiencia que en el teatro se forma todo de pretensiones, de cortes y recortes, incluso la misma gloria, que la visten siempre con recortes de periódicos.

Mientras le miraba, esperando curioso que me explicara sus deseos, el traje había vuelto a estremecerse acompasado, revelándome la ansiedad de su poseedor. Más parecía prenda colgada, a la que el

viento hiciera oscilar, que ropa llevada por cuerpo vivo.

Me dió pena aquel temblor, tuve piedad de aquella ansia, y formóse en mí el propósito decidido de complacerle.

—¿Vamos a ver qué modificación es esa, amigo Alvear?

—¿Usted me perdona, verdad?

—¡Claro! Ande, diga, que nos entenderemos.

—Pues bien: en el reparto me dieron un papelito interesante por la situación.

—¿El caballero 1.º?...

—Sí, señor. Y desearía, siempre que no perjudicara el pensamiento de la obra, que lo cambiara usted.

—¿No hacerlo usted?...

—¡No, no! ¡Hacerlo y muy agradecido! Ponerle un nombre: en vez de caballero 1.º... Juan o Pedro o Gregorio...

—Con mucho gusto. ¿Qué más?

—¡Nada más!

—¡Pero eso no llega a favor!

Alvear y su ropa se levantaron gozosos.

—¡Que no es un favor..., y eso puede ser mi porvenir!... Los personajes de una comedia, los importantes, tienen nombre; los demás, los que han de ser representados por N.N. o R.R. no se toma la pena el autor de rebuscar en el calendario un nombre para ellos. Mientras me repartan caballero 1.º y criado 1.º no seré artista: en cuanto haga el Juan, el Pedro o el Gregorio..., habré salido del montón y empezaré mi carrera.

Volví a mirarle. Tenía cincuenta años...

Era hora de que empezase su carrera.

—Amigo Alvear, usted hará el Juan.

—¡Gracias!

—Mejor aún: el Juan Franguelo. Nombre y apellido.

—¿De veras?...

—Esta noche lo llevaré para que lo copien.

—¡Esta noche no!

—¿Y eso?...

—Hace ya un mes que entregó usted la obra; quizá la haya olvidado algo, y convendría que estas palabras estuviesen muy dentro de la situación. Yo le traeré a usted el ejemplar.

—Perfectamente. Usted en la obra tiene que decir...

—Cierto ¡Yo lo he presenciado!

—Pues ahora contará usted la aventura. Yo he presenciado que..., etc.

—Aguarde, aguarde usted a que le traigan el ejemplar. ¡No escriba usted sin refrescar bien la situación, que es muy caliente!

Y el pobre hombre se quedó perplejo. No había estado feliz con aquel refresco.

Le tendí la mano diciéndole unas palabras afectuosas, y nos despedimos.

Salió más erguido, más radiante... Ya no era el caballero 1.º, sino Juan Franguelo, un personaje de la comedia.

Si uno supiera muchas veces en qué poco estriba la felicidad de otros, más felices habría...

Pero dicen que da mucha vergüenza pedir poco.

Y eso que por la tierra, en el teatro y fuera del teatro, abundan extraordinariamente los miseros y pulcros y atemorizados Josés Alvear de la Peña, con el alma y la ropa impregnadas del modesto perfume de los membrillos olorosos...

Manuel LINARES RIVAS

EL INDIO MEXICANO

EN SU DRAMA Y ESPERANZA

LA ZONA GEOGRAFICA

Vivimos a orillas del lago de Pátzcuaro, que tiene una extensión más o menos como la de la Laguna Negra. Aunque, a diferencia de aquélla, está salpicado de islas y de pequeñas poblaciones que lo bordean.

A tres kilómetros de aquí está Pátzcuaro, la ciudad más próxima, y como a una hora de automóvil o algo más, Morelia, la capital del Estado de Michoacán. También tenemos ferrocarril a la puerta, que si no es muy exacto en sus horarios, es consecuente, por lo menos, con su ruta.

De la ciudad de México nos separan más de cuatrocientos kilómetros. Estamos, pues, en medio campesino.

Muy cerca de aquí se encuentra el pueblo de Tzintzuntzan que fuera antaño capital del reino tarasco, uno de los viejos reinos indígenas de México. Nos encontramos, pues, en un medio campesino.

Al otro lado del lago se extiende una amplia zona montañosa que exige tres o cuatro horas para atravesarla. Es la Sierra, también poblada por comunidades de tarascos, que mantienen allí más pureza racial que aquí en los alrededores del lago. Se calcula que quedan como cincuenta mil tarascos que no saben nada de castellano.

Más allá de la Sierra, ya a una distancia considerable, empieza la tierra caliente que alcanza hasta el Pacífico: tierras bajas, de clima típicamente tropical.

En cambio aquí, a la costa del lago, como estamos a algo más de dos mil metros de altura el clima es más fresco, pese a la latitud geográfica.

LOS TARASCOS

Los tarascos o purépechas tienen sus orígenes que se pierden brumosamente en el tiempo. Fueron antes de la Colonia un reino importante que en la época de Cortés pagaban tributo a los aztecas.

Victimas, como todos los pueblos indígenas de los métodos españoles de conquista, supieron por los europeos lo que era la traición y la codicia, bajo la forma del caballerazgo y la misión catequizante. Aun los nombres de sus últimos reyes se recuerdan vinculados a actos de heroísmo frente a la traición y doblez de los conquistadores.

Por el mil quinientos y tantos un misionero, Don Vasco de Quiroga, realizó una obra extraordinaria en favor de la población tarasca. Fundó Pátzcuaro—la actual ciudad—, y transportó a ella el centro del mundo que comprendía esta comunidad racial.

Don Vasco, antecesor de los fisiócratas, puso en práctica ideas muy semejantes a las que por el mismo tiempo o después, definieron y defendieron los filósofos de la Utopía. Organizó la economía indígena, creó talleres, les enseñó técnicas de tejido, alfarería, ebanistería, cordelería, etc.; organizó las comunidades en su vida civil y religiosa; organizó el comercio a base del trueque y el intercambio; inició la educación de las gentes, etc.

Aun hoy, el viernes es el día de mercado en Pátzcuaro,

lo que constituye un espectáculo de un profundo interés. Ese mercado se organiza ahora del mismo modo como lo dispuso Don Vasco hace cuatrocientos años. Yo he visto en la Sierra tejer a las mujeres con la misma técnica que Don Vasco les enseñó a sus antepasados y he visto a los artesanos de la madera hacer instrumentos de música—guitarras especialmente—siguiendo igualmente al pie de la letra los procedimientos así tradicionales.

Pero este pueblo tarasco, como todos los pueblos indígenas de México durante la Colonia fué cayendo poco a poco en la más abyecta servidumbre. Los conquistadores se repartieron las tierras y los indios y éstos quedaron reducidos a ser simples bestias de trabajo. Aun en las comunidades se ven los restos de la pasada organización feudal.

Cuando se produjo la revolución libertadora que terminó con el régimen colonial, el feudalismo se acriolló pero no dejó de ser feudalismo. La emancipación, en el mejor de los casos, cambió los amos, pero nada más. Una cosa que tenemos que comprender los americanos es que el movimiento que echó por tierra el poder de la Colonia, no alcanzó a modificar la situación de «los de abajo» en el Continente. Los nuevos amos fueron tan voraces como los gachupines o godos desplazados.

La situación social que soportan hoy las poblaciones indígenas del Continente, son la herencia de tres siglos de Colonia y de un siglo y medio de vida independiente.

Ni aquí en México, donde el morelismo—la tendencia impulsada por Morelos—tuvo un marcado tinte agrarista, la revolución emancipadora mejoró para nada la situación de los indios. Ni siquiera el propio Juárez, liberal, reformista y Salvador de Méjico, tuvo conciencia cabal de la situación de una masa humana que era en aquel tiempo mucho más de los tres cuartos de la población del país.

Aquí, entre los tarascos, vivimos en medio de tal herencia. No necesitamos, por cierto de muchos libros ni de mucha información para comprenderla. Basta tener el corazón en su sitio y un poco de simple y sencilla condición humana, que era en aquel tiempo mucho más del drama que aquí se vive. drama que, por otra parte, se extiende a todo el escenario de la América intertropical y en el que actúan, como personajes dantescos, millones y millones de hombres, mujeres y niños.

ESTA REALIDAD

Aquí tenemos tres tipos de comunidades indígenas: isleñas, serranas y costeras. Bajo nuestra «zona de influencia» hay veinte de esas comunidades, con una población de conjunto de unas ocho mil personas.

En general el nivel de vida es muy bajo. El visitante que entra a una casa—tenemos muchos amigos y podemos hacerlo sin dificultades—, se encuentra con que en la cocina hay un fogón hecho con tres piedras en el suelo, cuatro o cinco utensilios de cocina: el «comal», para cocinar las tortillas de maíz, el «metate» para deshacer el grano sancochado y convertirlo en harina, alguna olla de barro y algún

trozo de madera que servirá de asiento. En la cocina además conviven en plena posesión de lugar, perros, gatos, gallinas, chanchos y hasta algún ternero o borrego si los hay.

Si la casa consta de más habitaciones, el curioso podrá visitar el dormitorio y se encontrará con una habitación sin aberturas, a excepción de la puerta, y sin muebles. Las gentes duermen en el «petate», una estera de junco de un centímetro de espesor, sin colchón ni jergón de ninguna clase y se tapan con la cobija, que también es poncho para los hombres.

Cuando se levantan arrollan el petate y como no hay ropa que guardar y por consiguiente no hay ropero, la habitación queda vacía. Sólo algún retablo y algunos clavos o alambres para colgar lo poco que haya, quedan como mobiliarios en la habitación. Demás está decir que la misma promiscuidad de personas y animales se repite en el dormitorio, agregando que ambas piezas también sirven de granero para guardar el maíz y el trigo y los frijoles que servirán de alimento durante el año.

Las casas no tienen ninguna dependencia sanitaria, por lo que las necesidades fisiológicas se hacen al aire libre. Tampoco, por consiguiente hay baño, y en las zonas donde el agua, por la altura, es fría, la práctica del aseo personal es desconocida.

En general, la gente de esta zona goza de buena salud. La alimentación a base de maíz, frijol, chile (ají) y algo de carne o pescado, es nutritiva. Las enfermedades corrientes se deben fundamentalmente a la insalubridad: disentería, amibiasis, tifoidea, quiste exantemático (producido por el piojo), etcétera.

OTROS ASPECTOS DE LAS COMUNIDADES

Cada comunidad es un pequeño pueblito levantado en torno a una iglesia. Estas, las iglesias, aparecen desproporcionadas con relación a las casas vecinas. Son grandes, inmensas, de construcción siempre colonial y a veces con detalles que son verdaderas joyas de ornamento o estilo. Se ve bien claro que los que se acordaron de Dios se olvidaron de los hombres, por lo menos en el momento de la construcción de las casas.

Alrededor de la población están los campos del cultivo y pastoreo. Entre los primeros hay de propiedad o usufructo personal y otros que son comunales; los de pastoreo son siempre comunes. Los cultivos corrientes son: trigo, maíz, algo de calabaza (zapallo), frijoles, etc. De la cosecha se guarda una parte para la alimentación y el resto se vende.

Los trabajos se hacen individualmente o en colectividad. Cuando son de interés comunal, los vecinos se obligan a contribuir con jornadas de trabajo, «tequios», en otros «faenas», etc. El trabajo comunal puede ser el arreglo de un camino, las refacciones hechas al local de la escuela, el cultivo de las parcelas de tipo comunal, etc.

La contribución colectiva a la resolución de problemas de interés común es práctica corriente, y la gente se siente mucho más dispuesta a prestar su trabajo para una cosa que es de todos, que lo que ocurre en los negocios particularizados.

Estas pobres gentes son sin embargo explotadas por otros que de ellos viven. Hay acaparadores y prestamistas usurarios, como en todas partes; propietarios de redes que las alquilan a los pescadores y que por esa vía «pescan» sin mojarse, la mejor parte de la redada; politicastro más o menos aprovechadores, etc.

EL INDIO VA GANANDO NIVEL

Pese a todo esto, el indio mexicano va conquistando el lugar que como hombre le corresponde. Al revés que lo que sucede con otros indios de América, tiene el apoyo de una considerable masa de blancos y mestizos que hacen por ayu-

darlo. Lo malo es que el nivel de abyección en que vivía era tan bajo, que la sola conquista de la conciencia de sus derechos más elementales, va siendo un problema de tiempo, de tanto tiempo que puede llegar a insumir una generación.

El cuadro, para nosotros desolador que presentan las comunidades, tiene su contrapartida. Aquí el indio es el dueño de su tierra y aunque ésta sea muchas veces nada más que una misera parcela de media hectárea o menos, su sola posesión da a su dueño una independencia que antes no tenía y un naciente sentido de su dignidad que ya empieza a manifestarse.

Además las comunidades se rigen por un curioso sistema de vida propio. Ellas, ejerciendo un tipo de democracia directa, eligen por sí mismas sus consejeros, que generalmente poco o nada tienen que ver con el gobierno central; ellas controlan la vida de sus miembros y hasta son justicia para pequeños delitos.

Para conseguir todo esto, que en el fondo no es más que la condición inicial para una recuperación futura, el indio mexicano tuvo que hacer su revolución. De 1910 a cerca de 1930—incluyendo un largo período de guerrillas irregulares—el país se desangró en una lucha sin cuartel. Aquí mismo tenemos entre la gente de servicio algunos veteranos de la revolución que cuentan hechos y episodios que ponen los pelos de punta.

Uno de ellos, a quien llamamos El Sargento, y que es un hombre sesentón, servicial, bondadoso y de toda confianza, me decía el otro día, recordando tiempos idos, sin comprender ni por asomo toda la barbarie que encerraban sus palabras:

—Cuando atrapábamos «pelones», nos los echábamos. Y viera, maestro, cómo se sentía sabroso echarles la reata al pescuezo y jalarlos hasta donde hubiese un poste o un árbol y allí a jalón de caballo dejarlos colgados a harta altura. Después cuando quedaban quietos, subía uno y les ataba un mecate o un alambre, pa poder sacar la reata y que ellos quedaran colgando.

Y remataba su descripción:

—Estaba bien. Les teníamos coraje porque ellos hacían lo mismo con nuestros compañeros.

Esta Revolución Mexicana tendrá que andar todavía mucho tiempo para encontrarse a sí misma y por sobre todo, encontrar sus auténticas soluciones. No se puede pretender que en veinte años se liquide un pasado de cuatrocientos.

EL RECREO

Pero no todo son penas. Es curioso ver cómo estas gentes tienen un verdadero fervor por determinados tipos de recreación. Les apasiona el deporte, especialmente el basquet-ball y el volley-ball, y han hecho sacrificios de todas clases para construir sus canchas con piso de concreto.

También les gusta mucho el teatro y el teatro de títeres y se han podido organizar cuadros dramáticos, integrados por ellos mismos, capaces de correctísimas interpretaciones.

Cuando hay representación, es todo el pueblo que viene a sentarse en el suelo o en los bancos de la escuela, frente al escenario al aire libre para ver la obra. Y vienen los hombres, mujeres, niños, viejos, que gozan felices disfrutándola.

Otro tanto puede decirse de la música. Ya casi no hay comunidad de las de aquí, de alrededor, que no tenga su banda, o su trío de guitarras, o su grupo de aficionados que se reúnen para aprender canciones que les servirán luego para sus retretas, serenatas, «gallos» y mañanitas.

A mí me ocurre frecuentemente que a lo mejor del sueño, vengan a despertarme los muchachos, que vienen a ensayar con el profesor de música, «echándose» algún corrido de la revolución o alguna canción de esas que destilan sentimientos y penas de amor en cada una de sus estrofas. Es uno de sus modos de expresión de afecto.

EL NIVEL CULTURAL

A la comunidad no llega ni un diario ni una revista ni nada con noticias de otra parte. El indio vive así con una concepción muy particular del mundo. Para él, México es una abstracción que está fuera de su realidad, y no le interesa lo que ocurre más allá de sus intereses inmediatos.

Sabe que leer y escribir es necesario, pero no tiene ningún incentivo que lo impulse a «hacer la lucha».

Eso nos ha enseñado que el problema de la alfabetización no está en enseñar a leer y escribir simplemente, sino en generar en el hombre una actitud nueva frente a su vida. El problema está en ofrecerle los caminos y el apoyo necesarios para que logre su propia dignidad, ayudándolo a superar la propia concepción de sí mismo.

Cuando se levante el fogón del suelo, cuando el petate se

sustituye por la cama, cuando aparece la necesidad del aseo y el piojo en vez de ser un entretenimiento es una molestia, empieza a aparecer, sola, la necesidad de aprender a leer. Entonces, recién, es que empezamos la tarea de alfabetización, porque tenemos la seguridad de que ya no será una técnica más o menos exótica, sino que formará parte fundamental de la vida del hombre.

Estas últimas palabras pueden dar una idea del trabajo en que estamos empeñados. Tenemos la pretensión de estar buscando caminos eficaces para que un día América Latina pueda, aprovechando de nuestra experiencia, intentar la recuperación de sus millones de sub-hombres. Tenemos conciencia de nuestras limitaciones, pero la tenemos igualmente de la necesidad y la urgencia de que se haga algo. Algo que vaya más allá de la teoría o el problema; que se amase en la realidad misma.

Adolfo HERNÁNDEZ

SINFONIA INFINITA



HERMANO: Cuando subas en tu sueño de quimera a los mundos infinitos de la ilusión y cabalgues sobre nubes ligeras como la luz; cuando marches por el camino embrujado de un mundo en ruinas, alza tu mirada, y verás como sombras errantes del pasado, la gloria inhumana de los hombres.

Y en el paisaje perdido de tu mundo invisible verás el hontanar de fuentes vivas y de arterias rotas, la sangre eterna de los hombres que el águila imperial contempla, a través de siglos de ambiciones. Allí verás montañas de cráneos abiertos entre los arcos triunfales que levantaron a la gloria de tropas que trajeron la miseria.

Sangre: mancha terrible de la historia, justicia que se convierte en polvo del espacio, en el hombre-dios, en el espectro del poder, en los músculos del paria, en el ardiente sudor, sangre y siempre sangre.

Sangre en las oscuras colinas y en las fronteras de los pueblos; cadena que engendró castas, cosechas de esclavos, manantial de mártires, perenne querella del hombre-lobo contra el hombre-cordero.

Hermano: Si alguna vez sueñas quimeras y levantas tu mirada al inmenso cielo; si marchas recorriendo las estrellas entre los mundos perdidos del infinito; si oyes las sinfonías fúnebres de los mundos perdidos del espacio con mezclas de perlas sangrientas.

Si alguna vez te alejaras de los espesos nubarrones terrestres para dejar su embrujado bullicio; si cabalgas en lomos de la tormenta con la diáfana forma de ser eterno. Si contemplas en la materia de tu cuerpo los lívidos despojos de una angustia; si oyes los gemidos profundos que desde la Tierra herida lanzan las madres de todos los tiempos; si oyes esa fuente viva de dolor desde la tumba del sacrificio humano.

Si ves estremecerse los espacios con rugidos espantosos de epopeyas; si ves a las tres Parcas

jugando con la existencia de un mundo en ruinas, enterrando tiranos y esclavos en la misma tempestad, en delirantes gritos como naufragios del destino.

Si asimismo te pluguiera volar a muchos siglos de luz hasta ver nuestro planeta reducido a un minúsculo grano de arena de la incommensurable playa del Cosmos, no te alejes más sin ver los restos lacerados de España, y sus pirámides de muertos que sirven de trono al asesino Franco.

Si oyes gemir los órganos del cielo con notas profundas convergiendo sus rayos de luz desde el capitel de las estrellas hasta las faldas de los montes; sonando después más fuertes sus notas vibrantes de apocalipsis instrumental, con la Novena Sinfonía de Beethoven, cantada por serafines en rumor de quejas humanas.

Si en los crepúsculos eternos ves la gloria sembrada en los caminos, vé y que recorra tu mirada peregrina la piel de toro entre la espuma de los mares. Contempla las cristalinas arterias de sus ríos, que corren buscando el mar, llevando en su curso, lamentos maternos.

¿Ves aquellas luces bajo las estrellas? Míralas bien, hermano; son hogueras que contempla el águila de corvo pico desde su roca calva, mirando con ojos de hechicera, las ruinas que a sus pies se extienden.

¿Ves aquellos campos de primavera triste? Detente y llora, que todas esas fúnebres campiñas es lo que resta de España.

De sus rocas quebradas, salen chorros de sangre y de los horizontes negros pueden oírse ráfagas segando vidas de todo un pueblo nazareno.

Y cuando subas al infinito, guarda España en tu corazón que ya no quedan poetas como Homero, Virgilio y Dante que la evoquen, pues hasta los poetas allí han muerto asesinados.

Hermano: Si alguna vez sueñas quimeras, despiértate con esperanzas nuevas.

MARCOS VOLGA

AUTORES Y LIBROS

LA REGLA DE LA VIDA



LEWIS MUMFORD se ha destacado, durante el pasado cuarto de siglo, como uno de nuestros más sensatos y más constructivos sociólogos. Ha detectado las falacias en que se basa nuestra mecanizada y centralizada civilización moderna, y ha aportado el más convincente argumento con vistas hacia formas sociales más estrechamente relacionadas con la humana naturaleza, menos centralizadas, menos mecanizadas, más simples y más libertarias. Llamarle anarquista sería impropio, sin embargo, Mumford ha aprendido mucho de pensadores anarquistas como Kropotkin, y ha incorporado en algunos libros, tales «Technics and Civilisation», «The Culture of Cities» y en «The Condition of man», una serie de análisis sociales y críticos que han ayudado materialmente a fortalecer la causa libertaria.

«The Conduct of Life» es el último volumen de la serie apreciada por Mumford como la más importante labor de su vida. Tras los volúmenes de exámen y análisis, libros en que nuestra civilización queda dibujada en sus mínimos detalles y sus defectos puestos al desnudo, «The Conduct of Life» es un intento por aplicar en sentido constructivo las conclusiones a que ha llegado el autor y esquematizar lo que él llama «el supremo problema de la naturaleza humana, su destino y su propósito», y presentar su propia visión sobre los medios por los cuales la vida social e individual del hombre puede ser reintegrada y desviado el desastre.

En general, es más bien un libro defraudador, pero apresurémonos a declarar que ello es quizás debido a la propia excelencia de los primeros libros de Mumford, los cuales nos prometían mucho más. La naturaleza de la presente investigación sitúa inevitablemente a Mumford demasiado en el campo de la abstracción. Y aquí, tras el magistral y seguro camino en que maneja los aspectos concretos del pasado, se nota una vaguedad e ingenuidad que es tal vez inseparable de la naturaleza especulativa del objeto mayormente tratado, pero el cual, sin embargo, parece disminuir su urgencia.

Además, existen ciertos puntos específicos sobre los cuales el lector libertario tiene inevitablemente que ser severo. Por ejemplo, es desconcertante ver al por tanto tiempo antagonista de la centralización apoyar esa supercentralista concepción, ese viejo miraje liberal de «un gobierno mundial, con una capital mundial en cada continente, transmutando los conflictos y luchas nacionales, que continuarán en cierta forma existiendo en los hábitos de la ley y del orden, de restringida y positiva cooperación».

Mumford ve en esto uno de los medios por los cuales «la personalidad humana... empezará a revelarse y expandirse en todos sus dimensiones»; pero indudablemente no hay razón para suponer que esta centralización mundial sea menos em-

brutecedora que las otras formas de centralización tan firmemente condenadas por Mumford.

Otras ideas autoritarias emergen también a medida que repasamos «The Conduct of Life». Mumford nos dice que: «Una vez desbandados los ejércitos guerreristas, deben ser formados, en gran escala, los ejércitos de la paz», y llega a sugerir que todos los jóvenes de ambos sexos, a la edad de 18 años, debieran ser incorporados en cuerpos de trabajo público. Esto debería ser obligatorio: «Ningún ciudadano debería ser excluido». De lo que Mumford parece no darse cuenta es que cualquier clase de obligación es una negación de los resultados sociales positivos que espera obtener por la «experiencia del trabajo y servicio común».

Aparte estos puntos críticos hay que mencionar un cierto puritanismo lanzado en menores y ocasionales diatribas (contra el uso del tabaco, por supuesto), que a veces parece completamente desplazado con respecto a la relevancia del tema. El puritanismo, sin embargo, tiene una larga y poco estudiada conexión con los pensadores libertarios—Proudhon, Goldwin y Kropotkin, despliegan, tanto en sus escritos como en sus vidas, similares muestras de ciega intolerancia—, y creo que en Mumford esta tendencia debe ser observada menos como una condenación que como una prevención de la tendencia a caer dentro del «moralismo» a medida que nos embarcamos en la creación de sistemas morales.

Pero a despecho de lo que me parecen defectos en «The Conduct of Life», este es sin embargo un libro que contiene bastante excelente material muy digno de leerse. Es una provocación a la discusión sobre la misión y propósitos de la vida humana; un excelente capítulo hacia el retorno al equilibrio, mejor que la especialización en el trabajo, y dentro de las relaciones sociales, y una sonada censura—acorde con Proudhon—a la falacia de los sistemas y filosofías establecidos.

Mumford como Orwell, tiene también un interés vigilante por esta corrupción de lenguaje y de ideas que es tal vez la más mortal arma del totalitarismo: «El primer paso hacia la libertad—dice—será un nuevo respeto para el credo, una purificación y clarificación del mismo lenguaje, una abstención por el «slogan» confuso y los reflejos verbales condicionados. La muerte del slogan-anuncio, y del buró de propaganda, será uno de los signos más seguros del nacimiento de una nueva sociedad».

Otra vez es admirable en Mumford que, diferente a muchos de sus amigos liberales de los EE. UU., no ha caído en la apatía que acepta los presentes conflictos mundiales y el fatalismo de la guerra. Por lo contrario censura francamente la inepticia del rumbo y de la política actual. Y, finalmente, despliega esta confianza en la resurgente cualidad de la individualidad humana que le previene de presuponer la próxima decadencia de la humanidad en una irrestringida tiranía y bárbaro caos.

EL HOMBRE ANTE LA CIENCIA

LA VOCACION CIENTIFICA Y EL ALMA HUMANA



Una conferencia de Mr. Gaston Bachelard que abrió, en Ginebra, el 3 de septiembre último, las VII Confrontaciones Internacionales, fué una substancial apología de la ciencia a la cual no sabríamos razonablemente imputar los desastres de que ella es capaz. Es a los hombres, a los responsables, la facultad de escoger entre el bien y el mal. Tras haber disparado algunas saetas contra los «filósofos del pragmatismo», el conferenciante estigmatizó el cinismo de cierto filósofo que no veía sino una mínima diferencia de grado entre el chimpancé superior y Edison. «Toda una academia de chimpancés—respondió Bachelard—no hubiera podido inventar el teléfono.» Después hizo con lirismo el elogio de la especialización y de la investigación científica. Sus progresos en la vía de los conocimientos incitan al hombre a ampliar el campo de su pensamiento. En consecuencia, el verdadero sabio se convierte siempre en más humano, pues—proclama el orador—, «nunca la ciencia llegará al límite de su tarea.»

LA IMAGEN ACTUAL DE LA MATERIA

M. Erwin Schroedinger, premio Nobel, hizo una exposición muy técnica de su concepción de la materia. Hay que comprender esta palabra en su significación actual. Esta ha sido fundada sobre la hipótesis atrevida de Max Planck que, midiendo el

«La nueva era empezará—declara—cuando un suficiente número de hombres y mujeres en cada país y cultura asuman la responsabilidad declinada antes en el emperador, en el mesías, en el dictador y en el solo dios con figura humana. Esta es la última lección de la democracia: la responsabilidad no debe ser transferida. Pero si cada uno de nosotros, ampliamente, acepta esta desesperada condición de supervivencia, lo que parece ser una amenaza al futuro desenvolvimiento del hombre será transformado en una dinámica oportunidad.»

Creo que tal confiante y positiva actitud por las potencialidades de la individualidad humana es lo más esencial para salir de la prolongada noche, del caos mundial contemporáneo, y ello, por su firmeza en esta verdadera salida, «The Condition of Man», aunque susceptible de nuestros reparos en algunas de sus partes, es todavía uno de los más importantes, y valiosos de los recientes libros sobre la cuestión social y sus orientaciones sobre la conducta individual.

George WOODCOCK

espectro continuo de los sólidos incandescentes, constató que la energía luminosa, de naturaleza electromagnética, no se transmite sino en fragmentos descontinuos. Cada «quantum» es portador de una cantidad de energía $E = hn$, siendo h la constante de Planck y representando n la frecuencia de la radiación. Einstein, a su vez, mostrando la equivalencia de la masa y de la energía, revela que las partículas materiales no son otra cosa que las «quanta» de Planck.

La dualidad onda-corpúsculo de la estructura profunda de la materia fué confirmada con estruendo cuando Louis de Broglie, en 1925, la expresó en la ecuación fundamental de la mecánica ondulatoria. La trayectoria de las partículas, en verdad se encuentra atada al mismo fenómeno ondulatorio y, en cierto sentido, se puede decir que las partículas no existen. La masa de ondas electrónicas (ondas Broglie) formada entorno de un núcleo atómico, representa verdaderamente el cuerpo del átomo; el núcleo, en el centro, es mucho más pequeño y más condensado. El átomo posee cantidades discontinuas de energía llamadas sus niveles energéticos. El paso de una de estas configuraciones a otra se hace de una forma descontinua y cuantificada.

Esta configuración—conviene el orador—no es admitida por la mayoría de los físicos que, para no renunciar a la idea del corpúsculo, se atrincheran detrás de la probabilidad. Por nuestra parte no sabríamos contentarnos. ¿Qué es un corpúsculo sin trayectoria? Se le podría negar toda individualidad identificable. Además es imposible remediar la ausencia de individualidad de un elemento último por un medio cualquiera de identificación. En revanche, nada impide imponer a una honda marcas de identidad: tales las ondas de TSF que, emitidas a miles de kilómetros, nos vuelven idénticas merced a la modulación que transportan.

Así, concluyó M.E. Schroedinger, a esas ondas distintas, marcadas, «individualizadas», debemos atribuir una realidad superior, a despecho de la aproximación inherente a la noción de la realidad.

METODOS Y LIMITES DE LA INVESTIGACION CIENTIFICA

Que la ciencia vaya delante del hombre, sea. A este el dar algunos pasos. Por tanto, más que iniciarse en la obra de los sabios, el hombre es pronto en horrorizarse de sus conquistas. Existe la crisis. Y al conferenciante el acordarse de las palabras de Confucio: «En caso de crisis, hay que reformar las denominaciones.»

¿Se quiere juzgar la época actual? Conviene situarla dentro de la evolución de la que es la consecuencia y considerar el problema bajo el aspecto dinámico. Aparición de la vida, aparición del hombre, su ascensión por el lenguaje articulado. La ciencia ha igualmente evolucionado obedeciendo a los tres principios de soporte, de multiplicación, de variación. Esporádicas en principio, las ideas se han enlazado en esquemas, en sistemas; se ejerce una selección para el mantenimiento de las ideas saludables. Las que no han encontrado su correspondencia exterior, las ideas estériles se disgregan. ¿Progresan la ciencia? ¿A qué ritmo? ¿Hasta dónde? Pero si todos los problemas pertenecen al dominio científico la ciencia se dispersa de más en más. Es por el agrupamiento de métodos que se producirán las indispensables síntesis. En todo caso, la ciencia no es ya normativa sino «informativa».

En cuanto a los valores, M. Pierre Auger no teme al escándalo. Identifica la filosofía con la ciencia posible, los valores con la información posible. La trascendencia es un olvido de los orígenes. Hay que constatar la verdadera «descontinuidad» en el lenguaje articulado y en la transmisión de la palabra. La moral debe evolucionar al ritmo de la ciencia. ¡Que el pensamiento sea el motor de esta nueva edad de oro!

HERENCIA Y LIBERTAD

Tal fué el título de la conferencia del profesor Emile Guyénot.

La herencia no se expone en parte alguna con tanta ostentación como en el caso de los verdaderos gemelos (salidos de un mismo huevo). Vedles desfilar codo a codo a través de la pantalla. Alucinante, el parecido nos asombra en todo, éste se manifiesta en bloque como en detalle. He aquí dos niñas «superponibles»; los mismos rasgos, la misma expresión; sonríen con los mismos dientes, talmente situados. Por tanto, casi idéntica estructura, idéntico comportamiento fisiológico y sin duda físico. A más, estas identidades no son efímeras, subsisten frecuentemente. Los gemelos envejecerán simultáneamente, los caracteres evolucionan de perfecto acuerdo. Llevan a menudo la fraternidad hasta sufrir y morir al mismo tiempo. Sí, en muchísimos casos, a las concordancias físicas corresponden concordancias de comportamiento intelectual u moral. Pero al lado de estas semejanzas, es necesario notar algunas veces ciertas discordancias. Si los verdaderos gemelos contraen generalmente las mismas enfermedades, muchas excepciones confirman la regla: 16 % en cuanto a la diabetes, 14 % para los tumores, 44 % para la esquizofrenia. Estas dos niñas de largos cabellos, de rasgos simétricos, se singularizan por su psiquismo. Educadas bajo climas sociales incompatibles, sus

«almas», aunque gemelas, no sabrían coincidir. Una es de un natural acomodaticio; la otra se muestra sombría y un tanto difícil. Es esto, hay que decirlo, lo que no se puede proyectar en la pantalla. Pero, en principio, ¿de dónde proceden estas discordancias? De la acción de los «genes» dominantes cuya influencia es siempre inconstante. En los casos de polidigitalismo, tan pronto el dedo sobrero se halla a la izquierda, tan pronto a la derecha; hay que contar todavía con las anomalías consecutivas a las circunstancias que ignoramos.

La inneidad—precisa el orador—no nos ofrece más que tendencias y las discordancias psíquicas entre los gemelos revelan el punto en que podemos libertarnos del determinismo hereditario. Es así que el conferenciante aborda la segunda parte de su programa: la libertad.

Habiendo mostrado la confianza, muy relativa, que merecen los textos, Mr. Guyénot concede más importancia a las reacciones afectivas que a la influencia del medio. Pues, según él, interviene entonces un nuevo factor, independiente de la evolución biológica, el alma humana, en sentido psicológico y no teológico. El factor decisivo de las variaciones sería entonces menos imputable a las diferencias de educación que a la personalidad del niño que da muestras de una asombrosa facultad de adaptación. El hombre aparece en la historia de la evolución como una descontinuidad. Con su psiquismo nacen nuevas e insospechadas posibilidades: el poder de construir con los materiales de la herencia, la representación verbal y conceptual. En esta facultad de transformación se inscribe la libertad. El orador concluye: «es por el espíritu que nos evadimos del «fatum» hereditario».

Esta peroración fué vivamente aplaudida. Se adivinan por lo tanto las objeciones que subleva. Según M. Guyénot, las disemejanzas entre los gemelos verdaderos ponen en causa la libertad. Evoquemos aquí el acto generador. Solo entre docenas de millares, un espermatozoide a conseguido fecundar el óvulo. Aislado, no tenía ninguna probabilidad de éxito; pero el ganador no estaba aislado. Se ha convertido en tal en tanto que solo triunfador. Este hecho no implica escoger; la libertad no juega aquí ningún papel. El milagro de la «descontinuidad» humana la percibimos más bien en las modulaciones de nuestra arpa física cuyas combinaciones vibratorias se cifran por trillones: de que satisfacer la consciencia más exigente, consciencia que se refiere a la memoria, esta herencia disponible y personal de donde sacamos a plenas manos. Este «milagro» lo vemos además en la transmisión del lenguaje, gran atomizador del pensamiento.

En cuanto a la libertad, ella, en el fondo, no es más que trascendencia. «El hombre ante la ciencia» ¿siente la curiosidad por ella?

Jacques MOREAU



EL ANTICOMUNISMO, EL ANTIIMPERIALISMO Y LA PAZ

(Continuación)

COMUNISMO, SOCIALISMO Y REVOLUCION RUSA.



COMUNISMO es otra palabra, en apariencia precisa pero en realidad cambiante, de acuerdo con la procedencia y el juego de los rayos luminosos: dos personas pueden declararse filocomunistas por motivos opuestos, respondiendo a dos interpretaciones divergentes de la misma palabra; hay quienes son anticomunistas por amor al socialismo y a la libertad, y hay anticomunistas por miedo al socialismo y por el deseo de un

gobierno fuerte, que tenga sujetas a las masas obreras. Hasta la revolución rusa, el comunismo era en el campo internacional simplemente una escuela del socialismo; su contenido doctrinario era esencialmente económico («a cada cual según sus necesidades, de cada cual según sus posibilidades») y se podía conciliar—según la interpretación común—tanto con la dictadura como con la democracia más amplia y con la anarquía. En el siglo pasado los partidarios de Bakunin gustaban llamarse socialista-anarquistas; después de la escisión de la Primera Internacional y de la degeneración legalitaria de los partidos social-democráticos, los libertarios se llamaron, más a menudo, comunistas anárquicos, fórmula en la cual la primera parte designaba el aspecto económico y la segunda el aspecto político de su sistema ideal. Con la instauración de la dictadura bolchevique en Rusia y la formación de los partidos comunistas, ligados al gobierno ruso y violentamente dictatoriales, también fué abandonado el adjetivo comunista, salvo en España, donde tuvo mucha fortuna la denominación de *comunismo libertario*, para designar las aspiraciones a la justicia social, a la libertad política, a la autonomía municipal, de grandes masas que seguían y que seguirían aún—si pudieran hacerlo—la orientación de la C.N.T., organización obrera prevalentemente anarquista, que ha impreso su sello a todo el movimiento antifascista correspondiente a la guerra española 1936-39.

Pero si se prescinde de España y de ese uso especial, la palabra «comunismo» ha permanecido vinculada, a partir del 1917, más o menos directamente con Rusia, y con el gobierno ruso, monopolizado por un partido, —el bolchevique—que desde su congreso de Praga en 1912, se llama comunista. De ese partido, a través del Comintern antes y del Cominform ahora, dependen los diversos partidos comunistas que se formaron en todos los países en los primeros años de la revolución rusa, generalmente sobre la base de escisiones de los partidos socialistas, a cuya «izquierda» se situaron, absorbiendo al mismo tiempo sus elementos más autorizados y los más radicalmente revolucionarios. En la ardiente postguerra de 1918 a 1924, miraban hacia los partidos comunistas las masas que querían «la tierra a los campesinos, las fábricas a los obreros», ideal que el socialismo democrático había demostrado ser incapaz de realizar desde los parlamentos. La fórmula «todo el poder

a los soviets», definidos éstos como consejos de obreros, de soldados y de campesinos, respondía exactamente a las aspiraciones de ese momento, por lo menos en Europa; la magia de esta fórmula dió vida a los partidos comunistas occidentales, precisamente cuando los Soviets rusos eran estrangulados en silencio (pese a la protesta trágica de los marineros de Kronstadt) por la dictadura del partido bolchevique. La expresión, lógicamente absurda y contradictoria, aunque vigorosa y seductora, de «dictadura del proletariado», que satisfacía más el bajo instinto autoritario de la masa que sus aspiraciones emancipadoras sirvió para ocultar por cierto tiempo el abismo (que Lenin se afanó en colmar teóricamente, en su libro sobre el Estado) entre socialismo y poder político. Durante ese breve lapso se instauró el fascismo en Italia y surgieron dictaduras de carácter clasista y declaradamente antisocialistas en otros países de Europa. El «peligro comunista» ha sido en Italia uno de los pretextos para la instauración de la dictadura fascista; simplemente un pretexto. No se temía al partido comunista, que no era bastante fuerte para inspirar miedo, sino el impulso popular hacia el socialismo, alimentado, es verdad, por el ejemplo de la revolución rusa.

La victoria del fascismo primero y del nazismo alemán más tarde sobre las democracias de los respectivos países, tuvo como resultado secundario el mantener por muchos años a grandes sectores del proletariado europeo, como seccionados de la experiencia viva de nuestro tiempo. Esto explica por qué las equívocas consignas de la postguerra anterior hayan resonado por las calles y en las fábricas de muchas ciudades europeas, al comienzo de la pesimista y desesperada postguerra actual, como si veinticinco años de historia hubieran pasado en vano. Las destrucciones causadas por la guerra, al dar nueva y efímera vida al capitalismo privado, han contribuido a mantener la semejanza. Los diarios que en 1945 y 1946 llegaban de Turín, parecían salir de una atmósfera gobetiana, con palabras y aspiraciones caídas en olvido desde países que no han sufrido interrupciones en su vida política interna o que han atravesado sólo la breve, intensa y sangrienta clandestinidad debida a la guerra.

CONTRARREVOLUCION RUSA Y ESTATIZACION DEL CAPITALISMO.

Durante el largo oscurecimiento fascista, dos acontecimientos importantes—y más estrechamente vinculados entre sí de lo que se cree comunmente—han cambiado no tanto el panorama actual del mundo como las perspectivas para el futuro: uno es la contrarrevolución rusa y otro la burocratización estatal del mundo capitalista.

Ambos fenómenos han confirmado la primera parte de las previsiones marxistas (concentración de capitales, empobrecimiento de las clases medias, crisis inevitable y radical del capitalismo privado) y han desmentido la segunda parte de esas previsiones (el socialismo como consecuen-

cia directa del colapso capitalista, el proletariado como clase creadora del socialismo, a través de la conquista revolucionaria del Estado, el Estado socialista como agente de la destrucción de las clases y por lo tanto, de la destrucción de sí mismo).

Además, tanto el proceso contrarrevolucionario desarrollado en Rusia, como la evolución del capitalismo occidental hacia una nueva estructura, demuestran la debilidad intrínseca de la idea sobre la cual Marx basaba la arbitraria relación entre la primera y la segunda parte de su sistema: la preponderancia del factor económico en la historia. Todos los acontecimientos de los últimos treinta años llevan el signo de la prevalencia del factor político sobre el económico (1).

La teoría—diría más bien la utopía—era ésta: el proletariado industrial hace la revolución socialista y para realizarla establece su dictadura. El socialismo es por definición una sociedad sin clases; el Estado socialista elimina, por consiguiente, las clases, incluso el proletariado; y siendo el Estado la expresión de la clase económicamente privilegiada, al desaparecer los privilegios de clase, desaparece el Estado.

Pero ocurre que el Estado no es la expresión del privilegio económico, sino el arma política del grupo que tiene la fuerza de las armas en sus manos; con esa fuerza se apodera de la economía y hace de ella su instrumento para perpetuar el propio dominio político. El privilegio económico es en sí mismo un instrumento político. En Occidente vemos a las clases privilegiadas abandonar poco a poco el capitalismo privado y burocratizarse en torno del Estado, para no perder la jerarquía y la función dirigente que quieren salvar a toda costa, frente a la amenaza del socialismo. En Rusia, la vieja clase dirigente y privilegiada ha sido eliminada por completo. Pero la dictadura del proletariado, «destinada a eliminar las clases», que era en realidad la dictadura de un partido fuertemente centralizado—dictadura de una dictadura—ha dado lugar a la constitución de una compleja jerarquía burocrática, la que se ha transformado rápidamente en una nueva clase privilegiada. El proceso era tan natural que Bakunin pudo preverlo en una página luminosa de crítica al socialismo autoritario, escrita en el siglo pasado; proceso que estaba ya en pleno desarrollo cuando el fascismo suprimió en Italia toda libertad de imprenta. Desde 1921, Luigi Fabbri había dado la voz de alarma en su libro «Dictadura y Revolución», que no ha perdido actualidad. Sin embargo para las masas obreras occidentales, el adjetivo «soviético» conservó por mucho tiempo su mágico significado primitivo, el que permaneció artificialmente fijado, sin posibilidad de matices o de correcciones ulteriores, en los países fascistas, en los cuales, cuanto más se semejaban ambos sistemas totalitarios en la realidad (colaborando algunas veces incluso en el terreno internacional) tanto más se presentaban a la opinión pública como dos polos opuestos entre los cuales oscilaba el porvenir. Se tenía tanta necesidad de una esperanza apoyada en una victoria concreta en alguna parte del mundo, que todo retroceso de que se tenía noticia, en cuanto a la revolución rusa, era explicada como táctica maquiavélica o como necesidad impuesta por las dificultades del aislamiento y por la guerra sorda llevada por el mundo capitalista contra el único experimento socialista. Estos últimos factores entraban, naturalmente, en el juego de las fuerzas; pero el factor principal era y sigue siendo la inercia que arrastra a todo Estado y especialmente al Estado

dictatorial, hacia un absolutismo que tiende a perpetuarse. Cuando ese Estado tiene además el completo dominio de la economía, fiscalizando así la vida física de los productores y de los consumidores, el absolutismo adquiere su forma moderna: se convierte en absolutismo totalitario.

Las raíces de esta transformación están en los teóricos y los gobernantes bolcheviques de la primera época. Aceptada como artículo de fe la teoría marxista de la supresión de las clases y de la futura autodestrucción del Estado, basada sobre el mecanismo de las leyes económicas, lo que sirvió para tranquilizar la conciencia, resultó que la libertad y la moral—en el fondo la misma cosa—se consideraron como prejuicios burgueses; todo ideal se concentró en la potencia del «partido» y en su permanencia en el poder, y la «táctica» se basó en el principio de que «el fin justifica los medios».

Ahora bien; una ojeada superficial a la historia basta para ver que la táctica puede asegurar el triunfo o la simple supervivencia de un gobierno, de una persona, de un partido político, considerado como un conjunto de personas físicas; pero no basta para hacer triunfar un programa—salvo que sea simplemente el de gobernar—, un sistema, una idea, cuya realización depende, en cambio, del empleo de medios tan impregnados de la esencia del fin al que se quiere llegar, que constituyan aun separadamente un fin en sí.

Así, la dictadura del partido bolchevique en Rusia se ha perpetuado a costa de su propio programa. Lo cual ha dado lugar, naturalmente, a feroces represiones internas y purgas periódicas—en un sentido cada vez más antisocialista—dentro del partido, hasta llegar a la supresión violenta de casi toda la «vieja guardia» por obra del grupo de Stalin, mientras que fuera del partido las realizaciones socialistas fueron eliminadas una a una (tal como las cooperativas independientes) o desnaturalizadas hasta convertirlas en instrumento del poder político de la minoría dominante (como los soviets, los koljoses, los sindicatos, transformados todos en órganos del Estado e instrumentos de explotación y de fiscalización sobre los trabajadores), a la vez que del cementerio del gobierno zarista resucitaban cosas muertas, cosas que suelen ser muy útiles a un gobierno absoluto: títulos, medallas, uniformes, glorias nacionales (no la de Tolstoy, sino la de Pedro el Grande...).

La U.R.S.S. es hoy un país organizado de modo muy similar a lo que fué la Alemania nazi, pero con un control de Estado mucho mayor sobre todas las manifestaciones de la vida individual. Las clases se llaman allí «capas sociales», pero su diversificación es tan profunda como en Occidente, y menos elástica, con esa tendencia, característica del totalitarismo, a la formación de castas.

Después de la caída del nazifascismo el régimen ruso es lo que Duhamel creyó ver en los Estados Unidos, al término de la guerra 1914-1918: la imagen típica del mundo de mañana, si el hombre llegara a ser vencido en la lucha que aun inconscientemente, y a veces bajo la propia bandera del comunismo, conduce en todos los países por su libertad. La contrarrevolución rusa cierra el cielo que fuera abierto por la revolución francesa (en su vanidad, el fascismo italiano fué el primero en jactarse de haberlo hecho, pero se equivocaba). Libertad, fraternidad, igualdad, democracia representativa, división de poderes, todo eso ha desaparecido junto con la propiedad privada; toda derecho de iniciativa y de originalidad, en el campo político, artístico, científico, ha sido suprimido junto con ese derecho especial de iniciativa que en el campo económico está ligado al derecho de propiedad. Y esto, no porque la libertad está vinculada (como muchos «anticomunistas» quieren sostener y muchos «comunistas» encuentran cómodo insinuar) con la propiedad privada misma. Esta última ha sido justamente la razón de la progresiva desvitalización de la libertad formal, conquistada sobre todo en beneficio de la burguesía, a través de la revolu-

(1) Para no repetirme, me permito hacer referencia en este punto, que me parece importante, a otro trabajo mío: «El totalitarismo entre dos guerras», publicado primeramente en «Studi Sociali» (III serie, Número 4) y luego editado en español, en Buenos Aires, en 1948.

ción francesa. Esa libertad, viciada por la existencia del salariado y del beneficio capitalista, no sólo no ha satisfecho jamás a los desheredados que han dado su sangre para conquistarla sino que ya no responde siquiera a los intereses materiales de las clases privilegiadas en crisis, las cuales ven llegada la hora de dejar que caiga la democracia para defender sus posiciones vacilantes con la autoridad brutal, con la jerarquía militar y policíaca.

Del descontento de los explotados frente a la libertad burguesa, ha nacido en el siglo pasado—para no remontarnos a Babeuf—el socialismo; del descontento de los explotadores, incapaces de mantener con esa misma libertad burguesa el sistema del beneficio—minado por la superproducción y el infraconsumo—ha nacido el fascismo, en este siglo. El socialismo aspiraba a completar, con la abolición de la propiedad privada, con la supresión de la libertad, se ha declarado «anticapitalista» y se ha convertido en realidad, en el segundo periodo de su evolución y con el advenimiento del nazismo, en el agente de transformación del capitalismo, organizándolo en torno del Estado fuerte, dueño de la economía.

El bolchevismo ruso había llegado antes y más rápida y completamente a ese resultado, partiendo de una revolución socialista que había deshecho las instituciones caducas, y dominando desde dentro a la clase obrera, a través de una dictadura de partido (1). La casta dirigente es físicamente nueva y no proviene ya del capitalismo sino de los cua-

dro del partido único. Si el nazismo y el fascismo hubieran sobrevivido a la guerra, esta diferencia de origen se habría diluido sin duda en lapso de una o dos generaciones. Derrotado el totalitarismo fascista, debe establecerse ahora el parangón con las tendencias totalitarias, incipientes, de las democracias occidentales, donde la guerra, indudablemente, ha prolongado la vida del capitalismo privado. («El programa de rearme y los gastos de rehabilitación de los países extranjeros fueron las causas principales de la prosperidad de 1948 en los Estados Unidos», decía en un resumen de fin de año, un periodista de la Ass. Press).

Ese «retardo» del proceso totalitario occidental en relación con el oriental, hace más difícil hacerse comprender y, en caso de conflicto, puede hacer más fácil a unos presentarse como los campeones de la libertad y a los otros pasar por defensores del socialismo. Pero también nos da a nosotros —seres libres—la breve posibilidad de poder hablar y gritar que la primera es una libertad falsa y provisoria y que el segundo es en realidad el antisocialismo.

¿Qué puede tener de común con el socialismo un régimen en el cual los trabajadores han dejado de ser explotados por el empresario privado, para convertirse en esclavos del Estado que exprime su fuerza de trabajo en provecho de la casta dirigente privilegiada, comprimiendo a todo el país en un férreo sistema de jerarquías y militarizando todos los aspectos de la vida?

Luce FABBRI

(1) El hecho de que el ejercicio de la autoridad estatal haya invertido en forma tan completa las posiciones socialistas iniciales (al cristianismo le ocurrió lo mismo, por iguales motivos, en una

época remota, pero sin embargo, tan actual) demuestra incluso empíricamente la incompatibilidad — tan clara en el terreno lógico — entre socialismo y Estado.



Mapa económico de España

EL TOPICO Y EL JUICIO.



El tópico de nuestro atraso, de nuestra incultura, de nuestra imprevisión, rueda de pluma en pluma y de boca en boca repetido sin ton ni son por los papagayos del mitin, del periódico y del café.

Pero ese mismo tópico se desvulgariza, se ennoblece, toma las formas lógicas del juicio, cuando acude a las estadísticas comparadas. Entonces, al relacionar la geografía, la economía, la demografía españolas con las europeas, advertimos que la fraseología ramplona está robustecida por el documento y que los maledicentes de tanda podrían repetir con Góngora:

*Hay muchos hombres de bien,
en este nuestro arrabal,
que de todo dicen mal,
¡y dicen bien!*

ROBINSON, ESTADISTICO.

No hay por qué hablar de nuestras deficiencias estadísticas. Bastará con que recordemos las publicadas por el Ministerio de Trabajo sobre Prensa periódica, en las que había tales dislates que casi todos los periódicos de Madrid—*A B C, La Libertad, El Sol, La Voz, El Debate*—protestaron clamorosamente.

Pero, además, la característica demográfica es su impenitente robinsonismo. Nuestras estadísticas campan por sus respetos ellas solas sin relación alguna con otras, y por tanto, sin eficacia. Ignoran nuestros organismos demográficos que una idea única es, en la geografía intelectual, como una isla desierta; que el juicio se produce «por la comparación entre dos ideas», y que saber las cifras de España, sin compararlas con las de otros países, equivale a reproducir la pintoresca fábula de Daniel de Foe.

Hay, pues, que comparar nuestras estadísticas con las de otros países. Y a ello vamos, con rapidez y exactitud, sirviéndonos de las más autorizadas: las de la Sociedad de Naciones y las del Instituto Internacional de Agricultura, de Roma.

EXTENSION Y POBLACION.

Oído al parche: España tiene 503.000 kilómetros cuadrados. Italia, 310.000. Bueno. Pues Italia cuenta 44 millones de habitantes y España 22 millones. Es decir, que con casi la mitad menos de territorio, reúne Italia ¡más del doble de población que España!

Idem de lienzo: Francia tiene 550.000 kilómetros por 42 millones de habitantes. Inglaterra, 228.000 por 45 millones. Alemania, 470.000 por 63 millones. Y España—repitámoslo, fariseos del optimismo patriótico—. España, que es más de dos veces mayor que Inglaterra, casi un tercio mayor que Italia, poco menor que Francia y algo mayor que Alemania, tiene la mitad menos de población que Italia, que Francia y

que Inglaterra, y la tercera parte que Alemania.

Y es, fariseos del patriotismo, que Alemania da 143 habitantes por kilómetro; Bélgica, 258; Checoslovaquia, 102,3; Francia, desnatalizada y todo, 73,9; Inglaterra, 193,3, y España, ¡44,6!

Por lo tocante a población, pues, España, con la densidad de Francia, podría tener, en vez de los 22 millones, 36 millones. Y con la Alemania, 60 millones. Y con la de Italia, 86 millones. Y con la de Inglaterra, ¡130 millones!

EL «ROSICLER» AGRICOLA.

Cuando se propala que España es un país «eminenteemente agrícola», no se propala una certeza, sino una exclusión. Porque, reconociéndose—aun por los fariseos del patriotismo—que no podemos competir en industria ni comercio con otros países, nos consolamos con el «rosicler» agrícola.

Vamos al grano, y no es metáfora, puesto que se trata del trigo. El rendimiento por hectárea, según el Instituto Internacional de Roma, es como sigue: Alemania, 16,2; Bélgica, 24,3; Dinamarca, 23,4; Francia, 12; Inglaterra, 20,8; Italia, 10,7; Noruega, 28, y España, ¡9!

Pues ¿y el centeno? Alemania, 13,5; Bélgica, 22,6; Dinamarca, 15,2; Francia, 9,7; Inglaterra, 16; Italia, 13,7; Noruega, 17,2, y España, ¡7,9!

En cuanto a la cebada, siguen las firmas: Alemania, 16,6; Bélgica, 26; Dinamarca, 23; Francia, 14,5; Inglaterra, 20; Noruega, 19; Países Bajos, 28. ¿Y España? ¡11,2!

Veamos la avena: Alemania, 18,2; Bélgica, 13,8; Dinamarca, 20,7; Francia, 13,7; Inglaterra, 20,4; Italia, 11,8; Noruega, 19,8; España, ¡7,4!

Pues no digamos del maíz: Alemania, 15,8; Bulgaria, 16,9; Italia, 19,7; España, ¡14,3!

Respecto de patatas, andamos como ellas, por los suelos: Alemania, 148,8; Bélgica, 187; Dinamarca, 126; Italia, 85; Noruega, 185; España, ¡117!

Llegamos a la remolacha, y también salimos con las manos en la cabeza: Alemania, 260,5; Bélgica, 246,9; Dinamarca, 250; Francia, 213; Italia, 288; España, ¡243!

¡Gracias a Dios que en algo somos los primeros! ¡En arroz, ché! Bulgaria, 20; Yugoslavia, 14; Italia, 45, y España, ¡63!

También, a Dios sean dadas, vencemos en vino: Alemania, 12,2; Francia, 26,4; Italia, 8,7, y España—¡vivan nuestros caldos!—, ¡21,4!

¡Qué diablo! También somos los amos en uva: Italia, 14; España, ¡33! Y en aceituna: Italia, 12 millones de quintales métricos; España, ¡35 millones!

Pero ¡qué poco dura la alegría en casa del pobre! En cuanto nos metemos en el lino, ya vuelve Cristo a padecer: Bélgica, 14; Francia, 9; España, ¡5!

Y en el cáñamo: Yugoslavia, 16; Italia, 15; España, ¡14!

Y en la seda: Francia, 3 millones de kilos; Italia, 41 millones; España, ¡un millón!

EN GANADOS, PERDIDOS.

En ganadería, ¡el acabóse! Alemania, 3.000.000 de caballos; Bélgica, 282.000; Checoslovaquia, 750.000; Francia,

2.800.000; Italia, 980.000; Inglaterra, 1.400.000; Polonia, 3.200.000; Rumania, 1.800.000; Rusia europea, 19.800.000; España, ¡690.000!

Reses bovinas: Alemania, 17 millones; Bélgica, 2 millones; Checoslovaquia, 1.700.000; Dinamarca, 4.600.000; Inglaterra, 14 millones; Italia, 6 millones; Rusia europea, 42 millones; España, 3.700.000.

Carneros: Alemania, 4 millones; Bélgica, 590.000; Checoslovaquia, 860.000; Dinamarca, 230.000; Inglaterra, 24 millones; Italia, 11 millones; Rusia europea, 67 millones; España, 2 millones.

Cabras: Alemania, 3 millones; Bélgica, 380.000; Checoslovaquia, un millón; Dinamarca, 24.000; Inglaterra, 560.000; Italia, 3.800.000; Rusia europea, 6 millones; España, 2 millones 400.000.

Cerdos: Alemania, 20 millones; Bélgica 1.400.000; Checoslovaquia, 2.500.000; Dinamarca, 3 millones; Francia, 6 millones; Inglaterra, 4 millones; Italia, 2 millones; Rusia europea, 14 millones, y España, ¡3 millones!

DULCE Y AMARGO.

En azúcar de remolacha: Alemania, 1.600.000 toneladas; Francia, 750.000; Inglaterra, 380.000; España, ¡246.000!

En cerveza: Alemania, 33.800.000; Francia, 12 millones; Inglaterra, 26 millones; Italia, 1.700.000; España, 616.000.

MINERIA Y FUNDICION.

Carbón mineral: Alemania, 12 millones; Bélgica, 2 millones; Francia, 4 millones; Inglaterra, 21 millones; España, 6.936.000.

Hierro (fundición): Alemania, un millón; Bélgica, 300.000; Francia, 8 millones; Inglaterra, 9 millones; Italia, 1.500.000;

Acero bruto: Alemania, 16 millones; Bélgica, 3.700.000; Francia, 8 millones; Inglaterra, 9 millones; Italia, 1.500.000; España, 650.000.

Mineral de cobre: Aquí nos desquitamos con creces, gracias a Ríotinto: Alemania, 930.000; Italia, 13.000; España, ¡3.937.000!

Plomo: También aquí, gracias a Linares, somos los verdaderos amos: Alemania, 76.000; Bélgica, 60.000; Inglaterra, 4.300; Italia, 23.000, y España, ¡149.500!

Al llegar al mercurio, íbamos a sonar la música. Pero, con gran sorpresa, vemos que Almadén sale derrotado por Italia. ¿Será posible? ¿No estará errada la estadística? Las cifras oficiales son: España, 1.594; Italia, 1.834.

En la producción de fosfatos naturales sólo encontramos estas cifras: Francia, 253.000; España, 5.600.

En sulfato amónico: Alemania, un millón; Bélgica, 65.000; Francia, 150.000, y España, 13.700.

En superfosfatos no hay quien nos moje la oreja: Alemania, 600.000; Inglaterra, 350.000; Italia, 1.500.000. Pero España, amigo, ¡2.430.000!

IMPORTACIONES Y EXPORTACIONES.

Francia: importaciones, 4.404 millones; exportaciones, 4 millones 600.000; Italia, 1.600 por 1.300; Inglaterra, 91 millones de esterlinas por 59 millones; España, 214 millones de pesetas por 157 millones (en diciembre de 1929, según el «Boletín» de la Sociedad de Naciones).

Pero a mano tenemos «La crisis exterior de la peseta», en donde Salvador Canals resume nuestra personalidad en el comercio exterior por estos dos hechos patentes: gran pobreza como exportadores y necesidades ineludibles de importación.

«La potencia exportadora—afirma el prestigioso publicista—se adquiere o por excesiva producción de sustancias

alimenticias de primera y general necesidad, o por abundancia y excelencia de primeras materias con clientela extranjera de industrias florecientes, o por un gran progreso industrial que permita competir en terceros con las potencias industriales.»

«No hay agravio—añade—, sino un verdadero servicio al patriotismo consciente, en recordar que no estamos en ninguno de los tres casos.»

Y, en efecto, basta ojear las estadísticas de Aduanas, y ver que, según las cifras oficiales, el comercio exterior de España, durante los diez primeros meses de 1930, suma 1.848 millones de importación por 1.631 de exportación, o sea un saldo en contra de 217 millones.

Y advertir que la importación aumentó, con relación a 1929, en 32 millones de primeras materias; en 45,9 millones de artículos fabricados, y en 143 millones de sustancias alimenticias.

Mientras que la exportación disminuyó en 31 millones de animales vivos; en 52,2 millones de artículos fabricados, y en 164 millones de sustancias alimenticias, en especial frutas y aceites.

Es decir, que si la balanza mejora, por cuanto cada año disminuye el saldo desfavorable—en 1929, de 565 millones, y en 1930, de 217, por los diez primeros meses—, en cambio los productos claves de nuestra agricultura (frutas, aceites) están seriamente amenazados y nuestras industrias más genuinas (tejidos, corchos) ofrecen bajas inquietantes. (Sólo en corcho, 23,6 millones por los diez primeros meses de 1930).

La balanza comercial por los dichos diez meses de 1930 se formula así, en millones de pesetas:

Animales vivos: Importación, 4.684.000; exportación, 7 millones 562.000.

Primeras materias: 639.000 por 283.000.

Artículos fabricados: 925.868 por 363.596.

Sustancias alimenticias: 278.338 por 972.212.

Oro en pasta y moneda: 22 por 100.

Plata en ídem id.: 3.363 por 3.787.

Totales valores de importación, 1.848.944, por 1.631 valores de la exportación. Es decir, con un saldo en contra de España por 217 millones.

IMPORTANCIA DE LO IMPORTADO.

¿Saben ustedes lo que España, «país eminentemente» agrícola, hubo de importar, en productos agrícolas en el año último? ¿No, verdad? Pues agárrense, que es como para caerse redondo...

Pues importó nada menos que esto:

Alubias, por 2.500.000 pesetas.

Aves vivas, por 7.500.000.

Carne de cerdo, por 4.300.000.

Habas, por 5.200.000.

Huevos, por 91.600.000.

Legumbres, por 7.800.000.

Garbanzos, por 23.300.000.

Patatas, por 13.000.000.

Quesos, por 15.700.000.

Maíz, por 77.100.000.

Trigo, por ¡107.500.000!

AHORRO. COMUNICACIONES. TRANSPORTES.

Esto de prever las cosas no es muy español, que digamos. Y aun cuando el ahorro va infiltrándose, sobre todo en los menestrales, artesanos y servicio doméstico, seguimos, como se verá muy detrás de Europa.

Claro que en sueldos y salarios seguimos también muy detrás. ¡Y ahorrar en estas condiciones!... Así, Alemania tie-

ne 14 millones de imponentes por 25.000 millones de ahorro; Bélgica, uno por 3.500; Dinamarca, 1,5 por 2.700; Checoslovaquia, 2 por 15.400; Inglaterra, 12 por 21.000; Italia, 9 por 20.000; Noruega, 2 por 3.000. Y España, 2,6 por 2.163.

Examinemos los servicios postales: Alemania, 3.937 millones de cartas para el interior del país y 448 millones para el extranjero; Francia, 4.742 millones por 350; Inglaterra, 5.638 por 495. Y España, 491 por ¡85!

Telégrafos, en longitud de kilómetros: Alemania, 224.113 con 29 millones de despachos para el interior y 12 millones para el extranjero; Francia, 212.775 kilómetros, con 41 millones de despachos para el interior y 11 millones para el extranjero; Inglaterra, 166.651 kilómetros, con 50 millones de despachos para el interior y 22 millones para el extranjero; España, 51.534 kilómetros, con 7 millones de despachos para el interior y 2 millones para el extranjero.

Teléfonos, en longitud de kilómetros: Alemania, 12 millones, con 266 millones de conferencias interurbanas y 1.587 millones urbanas; Bélgica, 2 millones de kilómetros, 18 millones de conferencias interurbanas y 257 millones urbanas; Francia, 4 millones de kilómetros, con 108 millones de conferencias interurbanas y 696 millones urbanas; Inglaterra, 3 millones de kilómetros, con 78 millones de conferencias interurbanas y 929 millones urbanas; Italia, 81.000 kilómetros, con 32 millones de conferencias interurbanas y 505 millones urbanas.

«MAMA GINEBRA».

Es de advertir que España falta en las estadísticas telefónicas del «Annuaire Statistique International». ¿Por qué esta ausencia de nuestro país, si cuenta con tan gran número de funcionarios pagados tan espléndidamente, que se llama a la Sociedad de Naciones «Mamá Ginebra»?

¿De qué sirve, pues, que el Estado español contribuya con muchos miles de duros al presupuesto de Ginebra, si, llegado el momento de una estadística se da de lado a España, como si se tratase de una tribu?

Lo mismo que en teléfonos sucede en las estadísticas ferroviarias. El «Annuaire Statistique», de «Mamá Ginebra», publica los siguientes datos: Alemania, 57.888 kilómetros, con 2 millones de viajeros y 405.000 toneladas de mercancías; Francia, 62.864 kilómetros, con 809.000 viajeros y 778 mil toneladas de mercancías; Inglaterra, 37.000 kilómetros, con 1.700.000 viajeros y 365.000 toneladas de mercancías.

España, como ya se ha dicho, ¡en blanco!... Tendrá todos los funcionarios que quiera. Contribuirá con muchos miles de duros. Pero en las estadísticas de «Mamá Ginebra» es la última palabra del credo.

En cuanto a Marina mercante, según las cifras del «Lloyd's Register», de 1926-27, el movimiento en toneladas es:

Alemania, vapores y motores, 1.928.000 con 3.062.000 de toneladas; Francia, 1.428.000 con 3.300.000; Inglaterra, 9 mi-

llones 923.000 con 21.000.000; Italia, 1.099.000 con 3 millones 900.000. Y España, 802.000 con 1.098.000 toneladas.

COMPUTO Y DEDUCCIONES.

¿Qué comentario hacer? Ninguno. Absolutamente ninguno. Tan apabullantes son las cifras, que cortan la respiración.

Únicamente, luego de tomar respiro, tornamos a la consideración preliminar. Esto es: a que España, casi tres veces mayor que Inglaterra, casi la mitad más grande que Italia, poco menor que Francia, y hoy tras las desmembraciones de Alsacia Lorena y la Polonia alemana—unos 40.000 kilómetros mayor que Alemania, tiene de sobra condiciones naturales para albergar el duplo y aun el triplo de población.

Y quien dice de población, dice de producción, en todos sus ramos. Especialmente en la agrícola. Porque es de señalar que de los 50 millones de hectáreas que constituyen el territorio español, cerca de 31 millones están sin cultivo. Según la «Memoria de la Dirección general de Propiedades», publicada en 1930, sobre lo catastrado hasta 1928, la relación entre las tierras cultivadas y las incultas es:

Castilla y León, el 69 por 100 cultivado; región central, el 61 por 100; región manchega, le 54 por 100; región bética, el 51 por 100, y región extremeña, el 50 por 100.

Hay provincias, como Ciudad Real, que tiene cultivadas 894.000 hectáreas e incultas 1.022.000. Otras como Granada, 588.000 cultivadas e incultas 605.000. Y otras como Valencia, que, sonando como modelos de cultivo, tiene 172.000 cultivadas y ¡327.000 incultas!

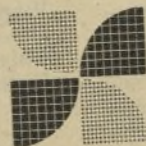
EL REGIMEN DE PROPIEDAD.

¿Por qué España ha de continuar diezmada, no ya en su población, sino en su territorio útil? La respuesta se halla en nuestro régimen de propiedad. Mientras existan propietarios que mantengan treinta mil y aun cuarenta mil hectáreas incultas, por sólo su capricho, en tanto que miles y miles de familias han de emigrar por falta de tierras, o han de morir de hambre, pegados a las tapias del Latifundio, España permanecerá paralítica.

Para que la nación se levante, aliente, viva, trabaje, produzca, se incorpore al concierto del siglo XX, es absolutamente necesario poner mano con toda urgencia en el tiránico, absurdo, grotesco, inicuo régimen actual de propiedad.

Cristóbal de CASTRO

(De la obra «Al servicio de los Campesinos.—Hombre, sin tierra, tierra sin hombres», Madrid, 1931.)



POETAS DE AYER Y DE HOY

NOCHE INTIMA

La noche guarda intacto
su secreto.
Nadie comprende su misterio
ni el de los luceros.
Ni la mueca impasible de la luna.
Ni el gemido largo del viento.
Ni la voz de sombra de las callejuelas
Ni el corazón inmóvil del silencio.
Ni la oscura tristeza de los muros.
Ni el oculto sentido de los sueños.
Ladran su ignorancia a la luna
los perros,
e interrogan a las esquinas
los faroles viejos.
Y a las estrellas los borrachos.
Y los poetas.
Y los astrónomos.
Y el viento.
Pero la noche guarda intacto
su secreto.
Su profundo secreto.

o o o o o

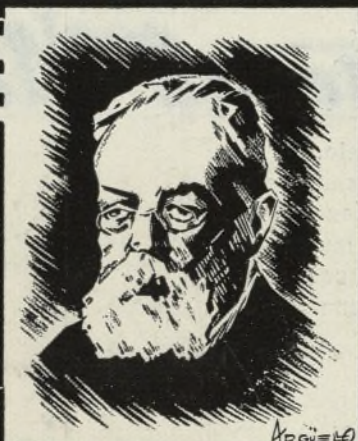
BARCA

Sobre la arena varada,
pobre barca marinera
abandonada.
Bajo el sol y frente al mar,
royéndote la madera
la nostalgia.
¿Te acuerdas de la caricia
larga y salobre del agua?
¿Del beso trémulo y puro
de la paloma del agua?
Pero no eres más que un nombre
en la proa calcinada.
¡Pobre barca marinera
sobre la playa!

B. MILLA

Anselmo Lorenzo

EL PROLETARIADO *Militante origen del* **Sindicalismo**



Ediciones MLE.-C.N.T.

EL PROLETARIADO MILITANTE

(Origen del Sindicalismo)

Por **Anselmo LORENZO**. Dos tomos con 528 páginas. Precio de los dos tomos, incluidos los gastos de envío, **250 francos**.



ACABA DE APARECER

"La C.N.T. en la Revolución Española"

por **José PEIRATS**

Materias contenidas en el segundo tomo:

- Capítulo XVI. — ESPAÑA ANTE EL MUNDO.
- Capítulo XVII. — VIDA ORGANICA Y UNIDAD SINDICAL.
- Capítulo XVIII. — LA SOMBRA DEL KREMLIN.
- Capítulo XIX. — EL MILAGRO DE LAS INDUSTRIAS DE GUERRA.
- Capítulo XX. — LA MAREA CONTRARREVOLUCIONARIA.
- Capítulo XXI. — LOS SANGRIENTOS SUCESOS DE MAYO.
- Capítulo XXII. — LA CRISIS DEL GOBIERNO LARGO CABALLERO.
- Capítulo XXIII. — OCASO POLITICO DE LA C.N.T.
- Capítulo XXIV. — IRONIAS DE UN PRIMER ANIVERSARIO.
- Capítulo XXV. — DESTRUCCION DEL CONSEJO DE ARAGON.
- Capítulo XXVI. — LA CRISIS DEL PARTIDO SOCIALISTA.

Precio del ejemplar: 700 francos

Diez por ciento de descuento a partir de cinco ejemplares. Pedidos a «CNT», Hebdomadaire. C.C.P. 1197-21. TOULOUSE (H.-G.).

80 frs

Ayuntamiento de Madrid